

# ROLDE

REVISTA DE CULTURA ARAGONESA



Año undécimo — Número 38 — Enero-Marzo de 1987

Dibujo original de Natalio Bayo para el homenaje a Luciano Gracia.



# INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

FUNDACION PUBLICA

Excmo. Diputación Provincial de Zaragoza. Pza. de España, 2; 50004 Zaragoza

## Filología y Literatura

ALONSO, Santos: Tensión semántica de Gracián. (Lenguaje y estilo). 194 pp. ....	650 ptas.
ALVAR, Carlos: Roldán en Zaragoza. (Poema épico provenzal). 78 pp., ilustr. ....	100 ptas.
ALVAR, Manuel: Estudios sobre el dialecto aragonés. I. 364 pp. y 4 ilustraciones ....	Agotado
ALVAR, Manuel: Estudios sobre el dialecto aragonés. Vol II. 312 pp. ....	500 ptas.
ALVAR, Manuel: La frontera catalano-aragonesa. 76 pp. ....	250 ptas.
ALVAR, Manuel y Elena: Cancionero de Estúñiga. Edición paleográfica. 312 pp. y 1 <sup>r</sup> ilustración ....	1.000 ptas
BAYO BUENO, María Luisa: La comedia chesa «Qui bien lo fa nunca lo pierde», de Domingo Miral. Estudio lingüístico. 142 pp. ....	250 ptas.
CARO BAROJA, Julio: Sobre la toponimia del Pirineo Aragonés. 28 pp. ....	200 ptas.
CASTAÑER MARTIN, Rosa María: Forma y estructura del léxico del riego en Aragón, Navarra y Rioja. 174 pp. y 13 ilustraciones ....	700 ptas.
EGIDO, Aurora: La poesía aragonesa del siglo XVI. (Raíces Culteranas). 300 pp. y 7 ilustraciones ....	850 ptas.
FIGUERAS MARTI, Miguel A.: Teatro escolar zaragozano, Las Escuelas Pías en el siglo XVIII. 64 pp. ....	300 ptas.
FRAGO GRACIA, Juan A.: Toponimia del campo de Borja. Estudio lexicográfico. 254 pp. ....	550 ptas.
GIL, Ildefonso-Manuel: Hombre en su tierra. (Antología temática). 112 pp. y 5 ilustraciones ....	250 ptas.
HANSSEN, Federico: Estudios de la conjugación aragonesa. 18 pp. ....	250 ptas.
HEGER, Klaus: Baltasar Gracián. Estilo y Doctrina. (Segunda edición). 230 pp. ....	600 ptas.
HIRIART, Rosario: Un poeta en el tiempo: Ildefonso Manuel Gil. 260 pp. y 14 ilustraciones ....	900 ptas.
MAINER, José Carlos: Ramón J. Sender. In Memoriam. Antología crítica. 500 pp. ...	800 ptas.
MENDEZ COARASA, Veremundo: Añada'n la Val D'Echo: Introducción, antología y vocabulario por Tomás Buesa Oliver, 94 pp. ....	Agotado
REVISTA «Archivo de Filología Aragonesa», vols. del 1 al 36-37.	
ROHLFS, Gerhard: Diccionario dialectal del Pirineo Aragonés. 343 pp. ....	2.000 ptas.
SESMA MUÑOZ, J. Angel y LIBANO ZUMALACARREGUI, Angeles: Léxico del comercio medieval en Aragón. (Siglo XV). 464 pp. y 5 ilustraciones ....	1.500 ptas.



# ROLDE

Revista de Cultura Aragonesa

Apartado de Correos 889  
50080 Zaragoza (Aragón)

Edita: ROLDE DE ESTUDIOS  
NACIONALISTA ARAGONES



**Consello de Redacción:** Chesús G. Bernal, Chusé I. López, José Luis Melero, Chusé Inazio Navarro, Antonio Peiró y Bizén Pinilla.

**Administración:** José Angel García.  
**Redacción:** c/Ricla, 6, 4.º D. Zaragoza (chuebes de 8 a 9 de a tardi).

**Imprenta en:** Cometa, S.A. Carretera de Castellón, Km. 3.400. Zaragoza.

**Depósito Legal:** Z-63-1979.

**Colaboran** en este número:

- Gerardo J. Alquézar
- Natalio Bayo
- Mariano Esquillor
- Emilio Gastón
- Guillermo Gúdel
- Angel Guinda
- José Antonio Labordeta
- José I. López Susín
- Miguel Luesma
- Ignacio Martínez de Pisón
- José Luis Melero
- Ana María Navales
- Antonio Pérez Lasheras
- José Antonio Rey del Corral
- Alvaro Romero
- Rosendo Tello
- Eduardo Vicente de Vera

## Número especial en homenaje a Luciano Gracia

### Presentación

**E**l 28 de octubre pasado, un martes homicida que ya es sustancia del cosmos y estiércol fabuloso de leyenda, moría en Zaragoza, a los 69 años, el poeta Luciano Gracia.

Luciano Gracia, que estaba considerado como uno de los más importantes aedae aragoneses de las últimas décadas y, sin duda, como el más tenaz propagador de la poesía de estos parajes a través de la Colección «POEMAS», que él fundó y dirigió durante casi 25 años, fue sobre todo y ante todo un hombre de bien, un hombre bueno y sencillo hasta la temeridad, un amigo entrañable, generoso y leal como ningún otro.

Aún esturdecidos por la noticia, todos cuantos hacemos esta Revista, a la que tan unido se sintió por razones de amistad y solidaridad, queremos dedicar este número a su memoria y brindarle así nuestro homenaje más sincero y emocionado.

J.L.M.

### Luciano Gracia y Rolde

«Cada país tiene su idiosincrasia particular. La nuestra, para bien o para mal, tiene unas características muy diferenciadas de las del resto del Estado; por eso en nuestra poesía, como en la pintura y las demás ramas del arte, se detecta de una manera clara y rotunda la homogeneidad del carácter aragonés, su forma insobornable de concebir la vida, su rabia y rechazo a la injusticia, a la hipocresía. Somos unos quijotes sentimentales que poblamos y cultivamos una tierra regada con sudor, agreste y armónica, descompensada y hermosa».

**E**stas y otras palabras de Luciano Gracia, incluidas en la entrevista que le publicamos en el n.º 7 (Noviembre de 1979), fueron el inicio de una serie de colaboraciones suyas en nuestra Revista. Se publicaron poemas de Luciano en los números 8 («Coloquio intransferible con Blas de Otero», Enero-Febrero, 1980), 16 («Coloquio íntimo con Uncastillo», Julio-Septiembre, 1982) y 19 («Eternamente joven», abril-junio, 1983); y ya se le dedicó un pequeño homenaje en el número 11 (Marzo-Abril, 1981), con motivo del que le tributó su pueblo natal, Cuarte de Huerva, con colaboraciones de Miguel Luesma y José Luis Melero.

Ante la convocatoria del I Premio Aragón a las Letras (1984), el Rolde de Estudios Nacionalista Aragonés decidió en su Asamblea General Ordinaria de ese año proponerle como candidato a dicho Premio (vid. ROLDE, n.º 24, Abril-Junio, 1984, pág. 2), que finalmente se otorgaría a Pedro Laín con la oposición expresa del R.E.N.A., tal y como se explicó en el número 25 de esta Revista (Julio-Septiembre, 1984).

La relación de Luciano con ROLDE ha sido pues constante a lo largo de toda nuestra trayectoria. (Véanse también el n.º 17, Octubre-Diciembre, 1982, interviniendo en la entrevista con Ildefonso Manuel Gil, o el n.º 30 de Julio-Septiembre de 1985, en el que aparece fotografiado en una de las tradicionales cenas que en la noche de San Jorge celebra el R.E.N.A.). Su enorme calidad humana ha dejado una profunda huella en todos nosotros; pero también la ha dejado su voluntad de trabajo, que nos hace plantearnos este homenaje no como un hecho aislado sino como un firme propósito de apoyo a los creadores en particular y a toda la cultura aragonesa en general.

J.I. López Susín



# Un poema inédito de Luciano Gracia

## SE TE ENCIENDEN LOS OJOS...

Te presiento, te veo, con un beso de paz entre los labios;  
repartiendo tu lágrima primera,  
tu pan y tu tristeza;  
escribiendo, con trozos de la noche,  
tu mensaje de ayer y de mañana;  
tu poema, sin nombre,  
que dice adiós sabiendo que se queda.

Te enamora y sorprende  
el color de una espiga de Castilla,  
que nace, crece y muere  
en el labio del hombre.

Se te encienden los ojos cuando escuchas  
al oscuro labriego  
que le duelen los brazos  
de tanto arar la tierra con las uñas;  
al muchacho que encuentra  
la sorpresa primera de la vida;  
a la mujer que busca  
caricias imprevistas,  
y al hombre que a sí mismo se pregunta:  
«¿Esa nube que llevo entre las cejas  
es una luz que avanza,  
o son reminiscencias  
de un sueño que al nacer ya se ha quemado?».



Dibujo de Natalio Bayo

Un rayo, alucinado, que te asedia, dialoga con tu sombra,  
y una llama, sonámbula,  
te crece entre las manos,  
y te llega el latido —lo esperabas—  
del hombre abandonado  
que en los huesos le medra la esperanza.

Entonces surge el verso,  
que viaja sin descanso,  
y le roba la calma a las estrellas.

Luciano Gracia  
Octubre 1957



# **En la memoria**

**a Luciano Gracia**

**Tantas voces  
tantos crepúsculos cerrados  
tantos gritos de amor  
y de esperanza. Tanta crecida  
soledad entre mis manos.  
Como hoy,  
las horas dejan, sobre la piel,  
la huella del recuerdo,  
del vaso de vino  
bebido de modo cotidiano  
con amigos marchitos,  
padres desvencijados,  
amores inéditos  
y rosas florecientes  
en las bocas vacías de los metros.  
Nunca, como hoy,  
toda la voracidad del tiempo  
en las ausencias.**

**José Antonio Labordeta**



Con José Antonio Labordeta y José Luis Melero en Villanúa (30-7-82)

## **ADIOS (A Luciano Gracia)**

**Entre nuestro antes de nacer  
y nuestro luego de morir  
hay un espacio muy aprovechable  
para la rebelión humana panorámica.**

**Tú lo sabías,  
y elevóse tu sueño  
por nuevos horizontes divertidos.**

**Algunas invasiones poéticas del Mundo  
partieron de tu estar en él  
aquí.**

**Has aportado muchas ilusiones a nuestras causas inconclusas,  
gracias.**

**Inolvidemos todos los amigos esa lucha poética de ti,  
tu pasajera situación,  
tu ayuda larga,  
tu estar a todo trance  
por una libertad de más vivir.**

**Ahora puedes irte  
de vacaciones largas  
pues algunos amigos  
terminaremos tus deberes.**

**Hasta más renacer, Luciano,  
Gracia.**

**Emilio Gastón**



# Antofagasta \*

por Ignacio Martínez de Pisón

Para el homenaje a Luciano Gracia

**E**l nacimiento, en el año setenta y dos, de mi hija Lucía amenazó con provocar un serio descalabro de la economía familiar. Fue por ello por lo que no vacilé entonces en descender un escalón más de mi degradación personal, accediendo a ser el «negro» de un ministro de Franco que apenas si sabía escribir su nombre sin faltas de ortografía. Yo redactaba sus artículos y discursos, y le proporcionaba frases brillantes para las recepciones oficiales, elegantes ironías para los brindis, solemnes declaraciones para las entrevistas. La mordacidad de sus ataques a los partidos de izquierda y a los sindicatos clandestinos hicieron de él un político temido por unos y venerado por otros, un ministro en todo caso insustituible, hasta el punto de que su nombre sonó con insistencia como el de uno de los posibles sucesores de Carrero Blanco.

Aquellos tres años fueron para mí de una prosperidad absoluta, y no sólo en el aspecto económico: mi sucio prestigio como lacayo —dentro por supuesto, de los límites del más estricto anonimato— creció de un modo espectacular entre los procuradores en Cortes, integrantes del Consejo del Reino y otros altos dignatarios de aquel régimen de bárbaros iletrados. Más de uno me ofreció el abrigo de su poder y unas muy generosas retribuciones a cambio de abandonar a mi primer valedor y ponerme exclusivamente a su servicio. Mis reiteradas negativas motivaron un alza aún mayor de mi cotización, que supe aprovechar cuando se me presentó la ocasión.

Tal como había previsto, a la muerte de Franco la mayor parte de los políticos de entonces cayó en el más negro descrédito: un desmoronamiento general que me habría arrastrado consigo si yo antes no hubiera sabido ganarme el favor de dos o tres jóvenes arribistas adscritos a la llamada «ala reformista» del régimen. Me convertí así en un siervo de lujo de media docena de altos cargos de UCD, ministros algunos de ellos, cuya precaria formación intelectual me aseguraba la fructífera continuidad de mis funciones. Tal era el grado de dependencia que se había establecido entre ellos y las virtudes de mi pluma que llegué a participar en viajes oficiales al extranjero, con cargo a unas misteriosas partidas presupuestarias, y a obtener el insólito privilegio de compartir —en un porcentaje nada despreciable— los derechos de autor de los libros que mis protectores firmaban.

También esta etapa de prosperidad personal concluyó, y también en este caso —no lo digo por vanidad— lo había previsto con bastante tiempo de antelación. Vivir, si no en intimidad con el poder, sí al menos en sus alledaños, me había permitido conocer sus resortes internos y entresijos, y es por eso por lo que no me resultó difícil conjeturar con un mínimo margen de error quiénes iban a ser los que caerían con la catástrofe del centrismo y quiénes los que sabrían sobrevivirla. Hubiera podido intentar un acercamiento a éstos para seguir gozando de las generosas migajas del poder — y no me cabe la menor duda de que lo habría logrado y de que ahora estaría al servicio de algún que otro preboste socialista—, pero el hastío se había apoderado de mí, y lo único que entonces deseaba era propiciar desde mi modesta posición el más completo



Zuera 1986. Con José Luis Lasala y Antonio Pérez Morte

y violento derrumbamiento de quienes me habían favorecido.

No diré que la disolución de UCD se haya debido a mis sucios ardides, pero sí que contribuí con bastante eficacia al derribo de algunos de sus líderes. Citas de Unamuno atribuidas a Quevedo, ironías tan gruesas o equívocas que exigían posteriores rectificaciones, archiconocidas frases de Primo de Rivera o Hitler introducidas en los textos de respuesta a las interpelaciones parlamentarias, inoportunos elogios al heroísmo azteca pronunciados en unas jornadas de hermanamiento con el pueblo peruano: pequeños escándalos que no siempre trascendieron a las páginas de los periódicos, pero que motivaron la caída de más de una personalidad entonces influyente.

Esta consunción del centrismo a la que con todas mis energías me entregué llevaba, por supuesto, aparejada mi propia consunción. Nada había en ello que pudiera sorprenderme, ya que fui yo mismo quien la buscó, espoleado sin duda por la adversidad de mis circunstancias personales: acababa de concluir el sórdido calvario de mi divorcio de Inés y por sentencia judicial se me había obligado a pasarle una altísima asignación mensual, en concepto de manutención de nuestros dos hijos. Si hubiera accedido a respetar la legalidad, mi vida habría quedado hipotecada casi a perpetuidad: no pude hacer otra cosa que huir de Madrid, alejarme de Inés y de su onerosa cercanía, abandonar los lugares que habíamos conocido juntos, escapar de mí mismo y de mis recuerdos.

Me vine, pues, a Barcelona con el propósito de rehacer mi vida, aunque fuera a escondidas: todavía creía que podían retornar los tiempos de Antofagasta. Una vez instalado en un piso que estimé seguro refugio ante el acoso de su abogado, quise aprovechar mis antiguos vínculos con el mundo editorial catalán para encontrar una colocación, por modesta que fuera, pero ello resultó poco menos que innecesario.

Para mi sorpresa, me fueron abiertas de par en par las puertas de una de las editoriales más poderosas, en la que entré a ocupar una plaza de «coordinador literario», cuyas atribuciones parecían sencillas y aburridas, y cuya remuneración



era en extremo generosa, dada la tradicional mezquindad del sector. No tardé en descubrir que hasta aquí habían llegado noticias —si bien nunca precisas ni avaladas por testimonios fidedignos— de mi anterior actividad, y que la turbia fama que me acompañaba había sido lo que me había facilitado el «feliz» acceso a mi nuevo empleo: me habían contratado para hacer el trabajo sucio.

A juzgar por mi historial —mi prolongada relación con el mundo periodístico, la falta de escrúpulos con que, pescador en río revuelto, había manejado a personas y acontecimientos—, yo era sin duda el hombre adecuado para desempeñar los cometidos que me habían sido asignados. Granjearme unas veces con halagos y favores, otras con cantidades en metálico, el apoyo de prensa y televisión; comerciar con premios y subvenciones oficiales; embaucar a agentes literarios para contratar en buenas condiciones los más lucrativos **best-sellers** norteamericanos; impedir que las demás editoriales pujaran por las obras interesantes; falsear cuentas y escatimar liquidaciones de derechos; difundir rumores y calumnias acerca de los escritores y críticos que se resistían a mis coacciones... Estas eran algunas de las misiones que me estaban encomendadas: misiones que yo, en mi fanática ingenuidad de entonces —Antofagasta...—, tenía por miserables, odioso mercantilismo literario, y que hubiera querido poder rechazar. No se trataba de una repulsa ética sino estética: cualquier delito, por grave que fuera, me parecía más tolerable que esas lícitas actividades de promoción y comercio, la siniestra consideración de la literatura como un elemento más de la producción industrial.

Trabajo sucio, profanación, indignidad: con estos y otros términos similares designaba en mi fuero interno lo que mis compañeros de oficina llamaban simplemente negocios, profesionalismo, sagacidad, eficiencia. pero no por ello me aplicaba a mis tareas con menos pericia o tesón, y de hecho algunas de ellas alcanzaron conmigo un grado de refinamiento en verdad asombroso.

La manipulación de la crítica, por ejemplo. No conforme con ampliar la nómina de articulistas adeptos, fortalecí los pactos de silencio que les unían a nosotros, convertí varias secciones de periódicos —incluidas las de «Cartas de los lectores»— en un escaparate gratuito de nuestras publicaciones y escribí con mi propia mano elogiosas reseñas que aparecían firmadas por conspicuos intelectuales extranjeros, por supuesto inexistentes. Con esta argucia, especialmente, logré ganarme el favor y la estima de mis superiores, que veían cómo en poco tiempo algunos de sus autores cobraban inmerecido renombre y crecían las ventas de sus libros, arrastradas por las alabanzas sin medida que desde distintos diarios y revistas se vertían.

Y sin embargo, si inventé falsos novelistas y críticos sudamericanos que gratuitamente ofrecían a la prensa sus tendenciosas colaboraciones, no fue tanto por perspicacia o fina intuición comercial como por la necesidad que tenía de esconderme del abogado de Inés y eludir el pago de esa pensión mensual a que se me había condenado. Ello hizo que me acostumbrara bien pronto al uso preventivo del seudónimo en cualquier comunicación pública, y esta práctica fue evolucionando de un modo natural hasta alcanzar un altísimo grado de exquisitez: llegué a crear más de una docena de escritores imaginarios, todos ellos suficientemente caracterizados y dotados de sus correspondientes biografías. El historiador argentino Jorge Omar Rossi, la novelista uruguaya Claudia Onsky, el erudito José Alfonso Rondín son algunos de esos apócrifos que ahora consigo recordar.



## CREXENDO EN SOLEDÁ

*Tu Luziano, à la fin  
chirman de o suenio.*

**CREXENDO EN SOLEDÁ  
o zaguer abrazo mutuo  
de l'adiós**

**Arbol, restrojo, foscor de polbo,  
un sol agnostico  
que alufra esmorteziú  
por os chardins sagraus  
de a muerte.**

**Tú ya plegués, Luziano.**

**Restrojos, guerra,  
y o tuyo ricuerdo  
clabato  
en o vertice de la sangre  
ascuitan a tuya boz  
de frio  
en iste agüerro  
sin d'alma.**

**E. Vicente de Vera**

\*Fragmento de la novela corta **Antofagasta**, de próxima publicación.



# Entre acasos



Guillermo Gúdel y Luciano Gracia en Teruel (Foto: J.A. Gómez)

## *Para mi amigo Luciano*

***Acaso me persigne en el nombre de todos  
cuando caigo del nombre que he elegido: poeta.***

***Acaso en la penumbra de mi estancia con polvo  
rueden mis pensamientos como las hojas secas.***

***Acaso me ensangrento lo blanco de un papel  
cuando leo la historia de todos los países.***

***Acaso en este lado del río esté mi ser  
anotando unos días oscuros, inservibles.***

***Acaso le coloque a mi puerta un aviso  
para que no me llamen los sucesos macabros.***

***Acaso les regale un traje de delirio  
a los que van cubiertos con hielos moderados.***

***Acaso elija un rato de insomnio con retenes  
para contarme el cuento del niño que no juega.***

***Acaso les indique a los más indigentes  
que tiren esperanzas para que no les duelan.***

***Acaso cuando tenga un pecho de campana,  
unas manos de lluvia y una frente de sol  
organice una fiesta para los que no matan  
ni en el nombre de César ni en el nombre de Dios.***

***Acaso tenga ganas de decir estas cosas  
porque escribo de noche, recordando la cara  
de las gentes con hambre, que escasamente toman  
su ayuno cotidiano y siguen siendo humanas.***

***Acaso —no lo sé— lleve un tonto en mi cuerpo  
y me resuene el alma como un estradivario.***

***Acaso lleve luto por tanto vivo muerto.***

***Acaso lo que digo sea inútil. Acaso.***

**Guillermo Gúdel**



# Luciano Gracia y la edición

por José Luis Melero



Tras la presentación de las obras completas de Miguel Labordeta (23-4-83)

El pertinaz y desinteresado trabajo de Luciano Gracia como animador e impulsor de empresas poéticas en Aragón constituyó uno de los rasgos más destacados y peculiares de su personalidad, llegando a eclipsar en ocasiones su honda vocación de poeta: Luciano dedicó más tiempo a publicar versos de los demás que a preocuparse de los propios. (Surge ahora inevitablemente el recuerdo de Manuel Altolaguirre con quien siempre tuve la tentación de comparar a Luciano: ambos fueron poetas, impresores y nefelibatas impenitentes; la bondad, ingenuidad y generosidad del malagueño, en las que al parecer coinciden todos los testimonio, fueron cualidades que siempre adornaron a nuestro poeta; Gráficas Los Sitios, la imprenta zaragozana de Luciano, nos trae a la memoria la Imprenta Sur de Altolaguirre; y finalmente ambos compartieron también el respeto y el cariño de todos los miembros de sus respectivas generaciones: Manolito, Lucianico, les llamaban todos con afecto profundo).

Su primera incursión en el fascinante mundo de la edición de poesía fue la creación de la **REVISTA POEMAS**, que publicó en colaboración con Guillermo Gúdel y de la que aparecieron nueve números, de junio de 1962 a agosto de 1964, todos ellos impresos en Gráficas Los Sitios, en la zaragozana calle de Casta Alvarez, número 50, en octavo menor. Su precio fue siempre de 15 pesetas. Esas nueve salidas convierten a «Poemas» en la revista literaria aragonesa que más números ha publicado desde 1939 hasta la fecha, por delante de «Ansi» (8 números), «Orejudín» (6 números), «Albaida» (6 entregas), «Pilar» (5 números)... Según Fanny Rubio en su libro «Revistas poéticas españolas, 1939-1975»: «Luciano Gracia y Guillermo Gúdel, poetas aragoneses, consiguieron en la primavera de 1962 sacar adelante la revista «Poemas», sin un basamento fijo de colaboradores y con el esfuerzo extraordinario que consiguiera situarla al nivel de las revistas más constantes y de más importancia en la Península».

El número 1 fue el único dedicado íntegramente a poetas aragoneses. La participación de éstos en «Poemas» fue constante a lo largo de toda la existencia de la revista. Los nombres más frecuentes fueron los de José-Antonio Labordeta (números 1, 3, 6 y 8), Jesús de la Hoya (números 2, 4, 6 y 8), Manuel Pinillos (números 1, 3 y 7), Julio-Antonio Gómez (números 1, 3 y 7), Benedicto-Lorenzo de Blancas (números 1, 3 y 9), José-Antonio Rey (números 1, 4 y 9), Fernando Ferreró (números 1, 5 y 8) y el propio Luciano Gracia (números 1, 3 y 7). Los menos asiduos: Miguel Labordeta (números 7 y 9), Guillermo Gúdel (números 1 y 7), Rosendo Tello (números 5 y 9), Emilio Gastón (número 5), Ignacio Prat (número 6), Ramón-J. Sender (número 9), Miguel Luesma (número 8), Eugenio Frutos (número 1) y José-Ignacio Ciordia (número 9).

La nómina de poetas no aragoneses es extensísima y denota el perfecto conocimiento que Luciano Gracia y Guillermo Gúdel tenían de la mejor poesía



española del momento. Casi toda ella publicó en «Poemas»: Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Gabriel Celaya, Gabino-Alejandro Carriedo, Carmen Conde, Angel Crespo, José García Nieto y Leopoldo de Luis como representantes de las generaciones más asentadas. Entre los más jóvenes: José-María Álvarez, José-Agustín Goytisolo (de quien se editó su poema «El hombre de provecho», aquel famoso «Me lo decía mi abuelito, / me lo decía mi papá», que habría de popularizar Paco Ibáñez), Fernando Quiñones, Félix Grande, José Batlló (hoy conocido editor), Jenaro Talens y José-Miguel Ullán.

Las colaboraciones gráficas estuvieron firmadas por Raimundo Salas, Julio-Antonio Gómez, José Orús, H. de Lescoet y José-Antonio Labordeta. También la revista contó a partir del número 5 con una sección de crítica de libros —«Libros que recordar»— a cargo de Manuel Pinillos, en la que se comentaron los últimos poemarios de Aleixandre, Celaya, Ramón de Garciasol, José Albi, Angel Crespo, María-Elvira Lacaci, Leopoldo Panero y Pere Quart entre otros muchos.

En 1963 Luciano Gracia, de nuevo con Guillermo Gúdel, funda la «COLECCION POEMAS» de libros de poesía, que inicia su andadura con la publicación de «Nada es del todo» de Manuel Pinillos y cuya existencia habría de prolongarse veintitrés años, hasta la reciente muerte de Luciano. A lo largo de todos esos años se publicarán 56 libros de poemas, el último de ellos, «Los ojos verdes del búho» de José-Luis Rodríguez, hace escasos meses. La colaboración entre Luciano Gracia y Guillermo Gúdel fue en este caso muy breve y sólo se mantuvo durante los cinco primeros números. Cuando se publica el número 6, «Raza de Dioses» de Mario-Angel Marrodán, en 1966, Luciano Gracia figura ya como único responsable y director de la Colección, cuyo conocido anagrama aparecerá por vez primera en el número siguiente.

Los 11 primeros volúmenes se imprimirán en Gráficas Los Sitios. Destacan entre ellos libros de José Albi, José-Antonio Rey, Miguel Luesma, José-Antonio Labordeta, Mariano Anós y, por su rareza, el titulado «Generación del 65. Antología de poetas hallados en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza», editado en 1967, que sufrió un secuestro policial por problemas de censura y no llegó a distribuirse. Es este un libro maldito, del que apenas dos o tres ejemplares lograron salvarse (que yo conozca sólo lo tienen Ana-María Navales y Francisco Ynduráin) y que ofrece variados atractivos: hay una excelente introducción de Miguel Labor-

deta, se recogen poemas de Mariano Anós, Adolfo Burriel, José-Antonio Rey, Ignacio Prat y Fernando Villacampa entre otros, y permite redescubrir a Aurora Egido —también seleccionada y actualmente Catedrático de Literatura en la Facultad de Letras de Zaragoza— en una vertiente creadora que pocos conocen.

El número 11 —«A Isabel, verso de piedra» y «Como una profecía» de Luciano Gracia, publicado en Enero de 1968— será el último de esta primera etapa. Aunque en él no hay constancia de su pertenencia a la Colección, Luciano lo incorporó posteriormente a la misma y así lo atestiguan el índice de «Poemas» desde siempre y también la dedicatoria autógrafa del poeta que figura en mi ejemplar.

Viene entonces un intervalo de cuatro años en el que no se publica ningún

libro y durante el cual Luciano estuvo dedicado en cuerpo y alma a su trabajo en la Colección «Fuendetodos», como luego veremos.

«Poemas» reanuda su marcha en 1972, con la publicación del número 12, «La pasión o la duda» de Angel Guinda, al que seguirán libros de Mariano Esquillor, Rosendo Tello, José-Ignacio Ciordia y Emilio Gastón entre otros.

Sólo por un año, en 1976, la Colección se vincula a la Editorial Litho Arte y de este trabajo conjunto surgen tres libros, los números 25, 26 y 27, de José-Luis Alegre, Carlos Alfaro y Nivaria Tejera, respectivamente.

En 1977, de nuevo autónoma e independiente, la Colección publicará tres nuevos libros, uno de Jesús de la Hoya y dos de Antonio Fernández Molina en ediciones de bibliófilo ilustradas por el autor.

## Cartillas turolenses

Una colección indispensable



Las *Cartillas Turolenses* ponen al alcance de todos cuanto debemos saber sobre la compleja y varia realidad de Teruel. Están escritas por especialistas, en lenguaje sencillo y actual, y abordan con profundidad y rigor todos los temas básicos turolenses.

Estas *Cartillas* pretenden ser un instrumento útil y directo, incluso a nivel escolar, para un mejor conocimiento de Teruel. El conocimiento de su realidad abre a los públicos el camino hacia el futuro.

### Próximos títulos

Aproximación a la estructura económica de la provincia de Teruel  
Jorge Infante Díaz

Aspectos antropológicos de la casa en la provincia de Teruel  
Rosario Otegui Pascual

Arte rupestre en la provincia de Teruel  
Antonio Beltrán Martínez

### INFORMACION Y SUSCRIPCIONES:

Apartado de correos 77 - 44080 TERUEL • Teléfono 974 / 60 17 30  
Ejemplar suelto: 400 pesetas • Suscripción por un año (8 números): 2.000 pesetas

**INSTITUTO DE ESTUDIOS TUROLENSES**

Excm. Diputación Provincial de Teruel

Adscrito al Consejo Superior de Investigaciones Científicas



Un año especialmente fecundo será 1982, en el que verán la luz nada menos que siete libros —números 41 al 47 inclusivos— de poetas tan diversos como Manuel Molina, Javier Delgado, María del Carmen Gascón, Miguel-Angel Marín, Fernando Ferreró, Encarnación Ferré y Fermín Otín.

A partir del número 48, primero de los dos publicados en 1983, se crea una Secretaría de Dirección que será ocupada por quien perpetra estas líneas. En 1984 aparecerán otros cuatro libros, dos más en 1985 y cerrará la cuenta el antes citado de José-Luis Rodríguez en 1986.

La importancia de la Colección «Poemas» para cualquier intento serio de aproximación a la poesía aragonesa contemporánea es unánimemente reconocida por todos. No olvidemos que de los quince poetas seleccionados por Ana-María Navales en su conocida «Antología de la Poesía Aragonesa Contemporánea», diez publicaron libros en la colección y algunos de ellos como Luciano Gracia, Mariano Esquillor, Miguel Luesma, José-Antonio Rey y Angel Guinda, sus primeros libros; y que de los cinco cuyos nombres no aparecen en el índice de la Colección, Ildefonso-Manuel Gil estuvo ausente de Aragón durante muchos años, Miguel Labordeta falleció en 1969, Julio-Antonio Gómez desapareció de Zaragoza en 1973 y Guillermo Gúdel ya participó activamente en «Poemas» durante los cinco primeros números. Así pues, sólo hay una ausencia realmente injustificada: la de la propia Ana-María Navales. Pero es que, además de éstos, otros excelentes poetas autóctonos no incluidos en aquella Antología también publicaron sus libros en «Poemas»: es el caso de Mariano Anós, Emilio Gastón, Javier Delgado, Fernando Ferreró, Fermín Otín y José Verón, entre otros; y de los no aragoneses por nacimiento, aunque sí por residencia, Jesús de la Hoya, Antonio Fernández Molina y José-Luis Rodríguez.

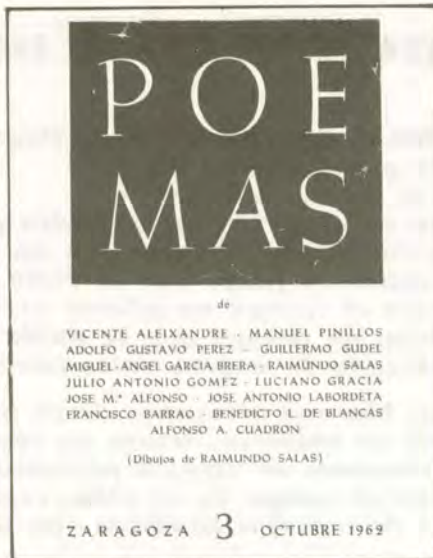
*Luciano Gracia*

*Artista plástico de renombre  
y valores indultados por la guerra*

*y además, fundador y director de la  
colección "Poemas" (1969), por voluntad  
propia y a requerimiento de mi entrada  
a mi vida, José Luis Melero Rivas, entusiasta  
defensor de mi poesía, me dio, solemnemente,  
hijo fundador de mi colección, a mi libro  
amante "Como una profesión"; y le adjudicó  
el número 11 de la misma, con la esplendor  
que me otorga este libro arrebatado de poeta.*

*Para autentificar este acontecimiento lo  
firmo, de mi mano y letra, en mi casa, la hija,  
de la Romaneda (Dardara), hoy viudas  
y 16 de mayo de 1980, a las diez y media  
de la mañana.*

*Luciano Gracia*



Publicaron prólogos en la Colección Pedro Gimferrer, José Camón Aznar, Miguel Luesma, Francisco Ynduráin, Manuel Pinillos, Clemente Alonso, Mariano Anós, Claudio Rodríguez, Guillermo Gúdel, José-Antonio Labordeta (por dos veces) y el propio Luciano Gracia (en cuatro ocasiones); e ilustraron sus libros pintores tan reconocidos como Julia Dorado, Ricardo Santamaría, Juan José Vera, Maite Ubide, Martínez Tendero, José-Luis Lasala, Santiago Lagunas, Natalio Bayo, José Orús, Pablo Serrano, Benjamín Palencia, Jorge Gay y Pascual Blanco. José-Antonio Labordeta ilustró él mismo, junto con el arquitecto Jesús Lizaranzu, su libro «Las Sonatas» (número 5), y el poeta José Hierro colaboró con cuatro dibujos en la edición del poemario de Alfonso Gil (número 49).

La colección «Poemas» contó además con una sección de teatro en la que se publicó un único libro: «El Rey (farsa infinita)» de Santiago Montes, en 1966. (Santiago Montes, nacido en Valladolid en 1937, poeta y pintor notable, fue el autor del conocido retrato de Luciano Gracia que aparecería reproducido tanto en «Creciendo en soledad» como en «Poemas recobrados y Huellas de ceniza», así como del anagrama de la colección).



Ya hemos visto cómo en 1968, tras la publicación de su número 11, la Colección «Poemas» sufre una interrupción en su tarea editorial. La razón no es otra que la de que Julio-Antonio Gómez y Luciano Gracia comienzan a preparar la «COLECCION FUENDE-TODOS» de libros de poesía, cuya pri-

mera entrega, «Los soliloquios» de Miguel Labordeta, aparecerá en 1969 y la última, «Función de uno, equis, ene» de Gabriel Celaya, en 1973. En aquel primer número Julio-Antonio Gómez figuraba como Director y Luciano Gracia como Supervisor; y en el siguiente se incorporó ya Eduardo Valdivia como Director de Ediciones. Estos tres hombres permanecerán al frente de la Colección durante sus cinco años de existencia, ampliándose las competencias de Luciano desde el número 11 —en el que aparece como Secretario de Dirección, Corrector y Supervisor— hasta el final.

En esos cinco años se editarán dieciocho libros de poesía —más una separata de 100 ejemplares numerados no venales en homenaje a Miguel Labordeta, publicada con motivo de su muerte en 1969— los once primeros en cuarto menor apaisado y los siete últimos en octavo mayor, que hoy excitan ya la codicia de cualquier bibliómano empecatado, habida cuenta del exquisito gusto y lujo desmedido con que fueron impresos. Fueron libros cuidados incluso en los más mínimos detalles y hasta los colofones eran un prodigio de fantasía e imaginación poéticas. (Recordemos el colofón del número 7 —«Mientras» de Blas de Otero— en el que al explicar el color elegido podía leerse: «El color auxiliar es el amarillo inspirado en los arroyales granados de la provincia de Chen-Si»).



Junto a los poetas aragoneses más representativos del momento —Miguel y José-Antonio Labordeta, Ildefonso-Manuel Gil, Julio-Antonio Gómez y el propio Luciano Gracia— publicarán libros en «Fuentetodos» nada más y nada menos que Vicente Aleixandre, Blas de Otero, Gabriel Celaya (éste en dos ocasiones), Luis Rosales, Gloria Fuentes y Leopoldo de Luis, entre otros, lo que, unido a esa extraordinaria riqueza tipográfica de la que hablábamos antes, la convirtió sin duda en la más importante de las colecciones de libros de poesía de su época.



# Meditación en Cuarte

**HAS LLEGADO AL UMBRAL** donde los sueños fingen un mundo alucinante de pasos que no diste, y eres cuanto te dicta la máscara doliente que con la edad se ceba en el olvido de la piedra y sus signos. Vivir para cantar, ¿No fue morir? Paseas con un niño de la mano y trazas en la luz ese siniestro juego que es vivir de otra luz, en su rueda de luna, pues el tiempo no admite otra concordia que una infancia perpleja, un tiempo que se dobla amarillo de flores, hechizado de negros ruiseñores.

A tu memoria vienen los blancos altozanos de tu pueblo purpúreos en la tarde de su quimera, lentos en sus coronas, brillantes de calizas y rincones de espejos polvorientos. Esos que ahora sombrean el campo de tu vida, espejeando hielo de soledad en los aleros de tus ojos fundidos con la tierra.

Pasan las horas, caen los amores, voltean las campanas y fúnebres golpean nuestras ruinas viriles. Y va cediendo el aire y ceden los anhelos en triste despedida de los años por azules veredas que nos vieron partir, sin esperanza. La Dama a quien servimos es cruel: nos señala el camino del arenal y el viento y a lo lejos se pierde entre ríos de rosas y cuerpos juveniles.

Maldita, pues nos cambia naturaleza y gracia de vivir con sus mañas de prostituta vil. Nos exige inocencia y malas artes para uncirnos sumisos a su carro de fuego, perros de su trineo, arena de sus ruedas de pedernal dentado.

Y finge en la tortura de nuestra inteligencia magia de resplandores y músicas que alientan fríos números, ritmos, figuras, mármoles, en abismos de brasas y de locura.

Siempre te he visto así, suspendido en la tarde de un esperar incierto, como quien pide venia para entrar en la fiesta y, si acaso la otorgan, deja a la puerta un mundo más real, cotidiano, vigilándole, y se adentra en el baile de las máscaras con decisión ambigua, con la pura inocencia de un palomo en la noche frente a la gloria altiva de los pavorreales.

Y así estás para siempre, por detrás de tus ojos asombrados de pueblerino, alzado a la muralla de tu vida con la sombra candente, con el alma inclinada entre el amor y el miedo, inseguro del mar y sus oficios. Pides perdón y asientes y, si golpean, callas o sonrías, afilando en el alba el pedernal oscuro de tus versos.

Estirpe del poeta. Saber que ha de dejar casa y amigos, que ha de torcer su curso natural, dividiendo en su ser, con mirada espectral, naturaleza y arte, vida clara y sus símbolos, ficción y realidad, mientras el hombre muere de vivir esas muertes, martirio del poeta.

Frente a la hipocresía del político y la usura del juez y el postrer homenaje tabernario. Frente a todo abandono, ser y no ser fundidos, esperando del tiempo la cordura del tiempo, la reconciliación que ahora llama a tu pueblo junto a un rincón humilde, donde el cielo de Cuarte recuerda parras dulces, primaveras sombrías y veranos colgantes entre cerros y trigales de sangre.

No ser más fue tu fuerte, y ser menos sería renegar de tu pueblo, Luciano Gracia Bailo, parda voz en el viento de verdes solanares, vilano de ceniza con corazón de oro. Que la luz del silencio ilumine tus días y no duermas en vano bajo la luz del sol.



## Con tu elevada humanidad

### A la memoria de Luciano Gracia Bailo

Se abrieron los girasoles para contemplar tu muerte.  
Cubiertas con cadenas de flores,  
en silencio te llamaron las hachas del mundo.

Cómo te adoró la juventud  
admirando tus versos  
y abrazándose a tu paternal condescendencia.  
Con tu hermosa humanidad  
conquistaste inmensos espacios de firmes amigos.

La sangre de tu vida se inundó  
con la violencia de inextinguibles y dolorosos cantos.  
La muerte gritó con su lluvia sin regreso.  
Expiraste durante la madrugada  
de un veintiocho de octubre  
y sentiste cómo las velas  
de tu cuerpo escalaban las alturas.  
Las costas de tu existencia,  
en silencio se han detenido  
a mirar el cinturón de la noche.

Tus poemas, LUCIANO,  
sienten cómo brotan las estrellas del día.  
Tu aventura poética  
escalará claridades sobrevivientes.  
Cuando te recuerdo, amigo mío,  
en mis ojos se agolpan la música y el llanto.  
Espérame, con tus recitales,  
en el reposado cielo de nuestra eternidad.

Te asomaste ante el valor  
de las aguas que te cercaban.  
Desde la altura de tu desierto  
miraste hacia la encendida calle  
de tu corazón cuántas veces amando y enloqueciendo.

Te sorprendieron los afilados dientes de la sorpresa  
y despertaste con la sangre aferrada  
a la fuente que, con un certero grito,  
te elevó hacia un río de sol milagroso y libre.

Como en sueños saliste del reino de la tierra.  
Desnudo de dolores cantarás,  
con el resplandor que tu alma reciba,  
cuando la luz de tu espíritu  
se eleve entrando en la eterna  
melodía de Dios y de los siglos.

Mariano Esquillor



Alm. Flores 16-8-77  
Querido Luciano Gracia:  
Te aprendí tu carta. Eche pre-  
nunció me someti a dos operaciones  
(una por ojo) de glaucoma. Estoy  
recuperándome solo por ahí, pues  
nunca se recuperó hasta del todo. No  
olvido mis cartas, así fue tú suplicas  
mis faltas.

Muchas gracias por lo del  
Brenio, aunque me ha costado por  
muchas partes; pero ya sales  
que esto tiene siempre un agar del  
puede salir o no salir.

Si vas por Madrid y vas  
ahí allá y desde ahí. Te en-  
tre punto en veinte. Ya sabes  
mi teléfono: 2336794

Gracias por el correo que  
me has hecho del correo, y  
me acuerdo muy afectuoso de  
tú amigo

Vicente Aleixandre

Carta de Vicente Aleixandre a  
Luciano Gracia (Agosto, 1977)

## Coma

A Luciano Gracia

El día de la muerte  
fue el día más largo de su vida

Angel Guinda



# Retrato esencial del poeta Luciano Gracia

*Amigo de ROLDÉ:*

*Me pides que te cuente acerca de la vida y milagros de nuestro amigo el poeta Luciano Gracia, fallecido el pasado octubre después de cumplir la pesadumbre de una larga sentencia, y cuyo cuerpo mortal fue dado de baja esa desapacible tarde de otoño —tal como requiere la obstinada tradición literaria romántica—, en Cuarte de Hueroa, a no mucha distancia del río Hueroa, afluente que por su derecha recibe el Ebro, río principal de estas tierras, y ante la presencia de numeroso séquito de amigos, parientes, poetas e, incluso, autoridades —lo que contradice esa misma tradición a la que he aludido.*

*Acerca de sus milagros nada te diré que acaso no sepas ya o no puedas alcanzar a entender a través de obras páginas de este mismo número, pero sí te diré que por milagro entiendo todo hecho que escape al natural de las cosas, y que si no milagro son esos libros de versos suyos que fue robando a la áspera prosodia de la existencia, en un afán de ser inmortal que le honra; y qué más que prodigio fue su cumplida devoción a los versos ajenos que, al margen de la honra que proporcionen a sus autores, confirman al buen Luciano como al más importante editor literario de nuestra famosa sequía editorial, lo que le honra doblemente.*

*Milagros aparte, escribir sobre alguien a quien se ha querido es un arduo empeño capaz de poner a prueba al más versado porque ¿cómo dejar de incurrir en la socorrida semántica sentimental que tan barata se vende en estos casos (nadie ignora que las necrológicas están plagadas de buenas intenciones y de recalcitrante estilo)? Y qué si a pesar de los milagros de una vida, dicha vida tiene en sí misma poco de milagrosa, no obstante un par de intentadas aventuras que vinieron a dar con ella en tierra.*

*Luciano Gracia Bailo nació en Cuarte de Hueroa (Valle Medio del Ebro, provincia de Zaragoza), y ésta fue su primera inocente aventura, en 1917. Su primera nacerencia tuvo lugar, por lo tanto, en una época que la posterior historiografía ha confirmado ser poco propicia para los que nacieron en presebre pobre, y más todavía si la profecía de vivir se fundaba en una salud precaria. No obstante, Luciano declaraba a quien quisiera oírle el sentimiento de una profunda felicidad retrospectiva.*

*Recuerdo que conocí a Luciano al filo de los sesenta, cuando, ya cumplida la cuarentena de una vida anónima, se disponía a ese segundo nacimiento que habría de darle alguna de las más abundantes alegrías de su existencia. A la sazón, se disponía, en maravilloso tándem con el poeta Guillermo Güdel —tipógrafo como él de oficio— a intentar con sus artesanales manos*



Dibujo de Santiago Montes

*aquella pequeña cuanto perfecta revista en octavo llamada Poemas (nombre éste que sería cabecera de la más duradera colección de poemarios que haya visto esta Autonomía). Sospecho que Guillermo, que era entonces poeta que venía de antiguo, tuvo algo que ver con el despertar de la actividad poética de Luciano y con cierta orientación general de preferencias que Luciano sabría hacer propias desde una concepción profunda que ya nunca le habría de abandonar.*

*Flaco, lo veo, y cabal, entrando en el Café «Niké» y encaminándose hacia los ruidosos veladores donde nos agrupábamos los sábados por la noche y las vísperas de fiestas de guardar los disparres contertulios de los sueños literarios de la época. Timido, lo veo, y frágil, venirse hacia nosotros, con desaplicados pasos, aunque ya su mirada se había llegado antes, con esa chispa de alegre tristeza que le pedía la vida, o anticipando la primicia de algún número de Poemas, cuyas galeradas primorosamente urdidas le bailaban los bolsillos del traje de los días de fiesta. Raras veces, asistió a Niké en días de Hacienda, por el deber del diario jornal y de procurar por la familia. Y aún esos sábados venía nuestro amigo de aquella modesta imprenta —Gráficas «Los Pitos» sita en el número 50 de la Calle Casta Alvarez— de la que era copropietario y donde imprimía toda suerte de tarjetas de visita, almanaques, participaciones de boda, calendarios... Ahora, lo veo, como entonces, ampliando en la mirada el gozo de ese tardío pero seguro segundo*



nacimiento que le habría de dar a conocer entre sus contemporáneos. Algún tiempo después, hacia 1965, el pintor Santiago Montes le haría un retrato —en realidad, fueron dos: uno, al óleo, y otro, un dibujo a lápiz— en el que distinguió la mirada a la que me refiero, y al que terminó pareciéndose cada vez más —al principio, Luciano, le puso alguna objeción, en la idea de que le pintaba más años de los que parecía (hay que decir que Luciano tenía una nobilísima coquetería que le impelía a presentarse ante los demás con su más grata apariencia y que el obsequio de esa disposición de su naturaleza nunca dejó de mostrarlo a cuantos le conocieron, incluso cuando el deterioro irreversible de sus últimos tiempos le hubiera permitido bajar la guardia. Lo cierto es que el decoro fue una virtud que nunca le abandonaría, un decoro sin el menor asomo de ostentación, pues Luciano era la sencillez en persona, hasta el punto de que podría decirse de él que era un hombre de una sencillez infinita).

Primero, la Revista Poemas, y la Colección de libros, luego, más que una empresa fueron una devoción que ejerció perseverante y generosamente —es bien sabido cuán cuesta arriba se le hacía recusar cualquier solicitud de cupo, y aunque la colección se resintiera, Luciano no tenía corazón para ofender a nadie con un rechazo, por más que en el coloquio desprevenido lo lamentase. O acaso tenía demasiado corazón.

Luciano cuya pertenencia a una generación de españoles que vieron machacada su esperanza por la Guerra Civil no deja lugar a dudas (perteneció a una quinta que no pudo librar por sorteo) fijó en su memoria una imagen de la muerte múltiple que le horrorizaba, pero que, literariamente, le seducía, condensada en la figuración anticipada de su propia futura muerte. Aunque, también hay que decirlo, en su visión no exenta de cierto morbo, veía la muerte propia como acceso a la fama, o más propiamente a la resurrección, acta liberadora de la infame rutina. Él ya había intentado en otra ocasión la aventura, allí por el año 47 o así, en un intento clandestino, sin la documentación en regla, de emigrar a Argentina. Ese episodio, que tuvo lugar en las Canarias dio con sus huesos en «chirona» y con el correspondiente apercebimiento para que se devolviese a su tierra de origen, lo que hizo durante el resto de sus días. Cada vez que Luciano contaba el suceso de marras, su natural imaginación le llevaba a hermopear el recuerdo de la sórdida aventura con renovados detalles que la trasponían a un plano simbólico en el que el hecho mismo adquiría un rango secundario.

Pero aún hay otro episodio o parábola que Luciano gustaba de referir —y se la oí contar un buen número de veces con un entusiasmo creciente que mejoraba el relato a cada nueva versión. Sucedió de esta guisa:

Al filo de los setenta, Luciano viaja, en compañía de Julio Antonio Gómez y si no recuerdo mal de Ignacio Giordía, a Madrid. Por esa época andan metidos en la aventura de la colección *Fuendelodos*. Su objetivo es el de obtener manuscritos poéticos para la misma. Esa tarde visitan a Vicente Aleixandre, a quien Luciano dispensa un fervor rayano en el arrobó, y de resul-

tas de la visita obtienen el privilegio de impresión de la edición completa de *Mundo a solas*, obra del inspirado poeta malagueño escasamente conocida. La precaria salud del poeta les fuerza a abandonar Velingtonia, 3, de donde parten celebrando la reciente adquisición en un zigzagante itinerario por bares y tabernas madrileñas. Quizá, se acercan al Café «Fijón» de donde salen cuando el horario gubernativo lo indica. Ya avanzada la noche, Luciano, que embetanto se ha separado de sus amigos zaragozanos, piensa regresar a la pensión sita en algún lugar de Madrid cuyo nombre no recuerda. El taxista le conduce guiado por vagas referencias hacia ese lugar incierto. Una vez fuera del taxi, Luciano sólo recuerda que embebido de una lírica exaltación y en las copas de la celebración cae en una corriente fría que le arrastra. También recuerda, como en sueños, que unas manos desconocidas le sacan de la corriente y que después de desnudarlo como el día en que le parió su madre le depositan sobre un lecho seco y reconfortante (en este punto, aporta numerosas datos que obedecen probablemente a una reconstrucción *ex-postfactum*). A las horas, una dulce claridad le obliga a abrir los ojos, y entonces se ve a sí mismo dentro de un camisón blanco, sobre una cama altísima, en un salón desconocido que no responde ni en las proporciones —son inmensas— ni en la decoración —de una desnudez esencial— a lo que imagina ser la habitación de una pensión. Advierte que a la cabecera de la cama hay un gran crucifijo de madera, y al frente, en la blanquísima pared, un severo retrato de monje que le recuerda de inmediato a un óleo de Zurbarán. Piensa Luciano: «la pasada noche morí, ahogado, y ya estoy en el cielo, en esta felicidad —pues no siente dolor alguno y sí un reconfortante calorillo que contrasta con el frío del chapuzón. Ya se siente disfrutando de la gloria que, cosa extraña, es un silencio sin música de ángeles, trata de acostumbrarse a ese lecho altísimo, a la nitidez de las paredes, al rayo dulce que le llega de la contraventana entreabierta. La placidez del momento —una eternidad— no la turba ni siquiera la insólita presencia de esa silla cotidiana, que debería hacerle participe de una realidad que su conciencia le niega en ese instante de relax supremo. Está pensando en la eternidad que se abre a sus sentidos cuando se abre una puerta y entra un monje. Comprende que se trata de San Pedro en persona, vestido para la ocasión a la manera de los carmelitas descalzos. Instantes más tarde, San Pedro se le dirige, diciéndole:

— Hijo mío, has dormido doce horas seguidas. Fue un milagro que te sacáramos de la acequia. Aquí traigo tu ropa seca y planchada. Vístete y baja a tomar algo de alimento con los hermanos».

Ignoro hasta qué punto el relato que antecede tuvo lugar con su cortejo de detalles —sucesivas versiones del mismo lo hicieron más y más barroco, o si sólo fue el resultado de una proyección mental, pero tengo para mí que acequia, lecho, salón, monje no están demasiado lejos de una esencial verdad que, ahora, Luciano está gozando cumplidamente. Ahora que ya es inmortal como quería ser.

José Antonio Rey del Corral



# El amor es un lujo

(Carta breve del poeta  
Luciano Gracia)

**E**n ocasiones ocurre que a algunos muertos no nos crecen las uñas ni nos crece el pelo sino el deseo en la erección lúbrica y dulcemente gradual de nuestro sexo. Digamos que, incluso difuntos, seguimos siendo como una especie a extinguir, como una opulencia o exceso que no fue ni será permisible. Y digámoslo, ante todo, con cierta delicadeza: para nosotros el amor es un lujo, una profusión de la que aquí muchos muertos carecen.

Ahora, cuando nosotros, a diferencia de ellos, podemos reverdecer en la carne, comprendemos que, aunque difícil, fue siempre útil desnudarse sin vértigo y, en verdad, provechoso no dejarse cerrar los ojos y tener hambre furiosa de piel sobresaltada; hambre, desde siempre, de insultar a la noche para después inundarse la boca de miel amarillenta, de estrellas impalpables y de senos golosos de ansiedad. Sí, en verdad y de tal forma fructífero que aquí únicamente nosotros nos permitimos el lujo de dormir sin pijama haciéndole la guerra a la fatiga, y solamente nosotros seguimos abusando del alcohol y la indolencia. Antes de que entre sorbo y sorbo de coñac intuyamos los poemas, degustamos los labios almidonados de carmín que juegan para no marearse con el humo de un Winston, o mordemos los pechos estremecidos por el roce de nuestras manos febriles. Seguir viviendo sobre las hembras purísimas que envidian la licencia de los perros, y que han aprendido aquí a perder su pudor y a incitarnos, es nuestro destino y recompensa, nuestro lujo y único vicio.

Vivos, supimos que hay que intentar ser toreros para poder acostarse con la luna, y para saber despertarse despacio cuando el sol besa los tejados y huelen las alcobas a sexo satisfecho. Muertos, entre otros muertos, persistimos en el canto. Cantamos desde aquí (desde estos féretros nuestros) a las dulces muchachas que un día nos miraron con el gesto fecundo y sensitivo, o les recitamos poemas de Vallejo, otras veces, para poder olvidarnos un poco de la muerte.

Alvaro Romero



Con Gabriel Celaya

## Cantora de unos labios amoratados

para L. Gracia

*La vacía sequedad  
de la nada.*

*La angustia.*

*Ha engendrado  
y tomado  
carne  
en mí.*

*Me anida  
con su destino  
de piedra.*

*Envuélveme  
en esa adámica  
tristeza:*

*Mórbida.  
De  
hambriento.  
Suya.*

*Así  
la creación.*

*A manos llenas,  
profecía.*

*Como la muerte,  
desangrada,  
intestinal.*

*Patria mía.*

Gerardo J. Alquézar



# Luciano Gracia, «Sangrando en el poema»

por Antonio Pérez Lasheras\*

Para tí, Luciano.

Te conocí —jovial y bondadoso—  
y aún no sabía que te desangrabas en tus versos.



De izquierda a derecha: Manuel de Codes, Raimundo Salas, Vicente Aleixandre, J.A. Gómez y Luciano Gracia. (Madrid 1970). Fotografía de Joaquín Alcón

## I

Si tuviésemos que resumir —con toda la injusticia que este hecho trae consigo— en pocas palabras la labor poética de Luciano Gracia, diríamos necesariamente que se trata del poema...no sangre que va tallando su propia existencia. Escribir, en su caso, no ha sido una tarea de fácil juego destinada al puro goce estético. De la lectura de los versos de Luciano se intuye siempre un destacado deseo de huir de la muerte, de la desesperación, de la tristeza a través del poema. Poesía, pues, existencial, en su más profunda acepción; poesía que se lanza como un grito desesperado que, entre otras y no menos pro-

fundas razones, tiene la urgente misión de asentar su propia aseidad, de dejarse oír, de clamar-llamar al resto de los hombres para compartir un poco el peso de un existir amargo.

Poesía como comunicación, pero —entiéndase bien— toda comunicación ha de comenzar por el ordenamiento de las ideas y de los sentimientos para uno mismo. Luciano, su poesía, está destinada, pues, a comunicarse y comunicar los avatares de una conciencia melancólica que se desangra en su desvivir cotidiano.

Con esto indicamos ya las claves de lo que creemos es una manifestación clara y evidente de una de las voces

más personales —a pesar de sus muchos ecos conocidos— de la poesía aragonesa de los últimos años; claves que podríamos sintetizar en varios puntos.

En primer lugar, hay que destacar el acendrado sentido del autobiografismo. Poesía del *yo* hasta sus más crudas circunstancias, poesía de autoafirmación y de personal expansión.

Por otro lado, nos llama la atención el detallismo circunstancial, temporal y espacial de la poesía de Luciano Gracia.

Otro de los puntos reseñables sería la consideración del amor y de la amistad como huida del estado de melancólica tristeza imperante en su poesía.

Destaca también el carácter corpóreo y material de su lírica, en la que abundan las referencias a lo más inmediato. En este sentido, podría mencionarse especialmente la atención al símbolo de la sangre —esencial en su poesía—; la sangre como portadora de vida, que va ramificándose en nuevas imágenes: el poema como sangre, la vida como sangre, el poema como vida.

Curioso resultaría, por otra parte, el análisis de los receptores poéticos, en especial el uso del *tú* y del *vosotros*, que confiere al poema un tono de acercamiento comunicativo muy singular, al tiempo que proporciona la esencia misma del desdoblamiento poético.

Por último, es obligado reseñar, en este repaso somero de las características de la lírica graciana, la constante tendencia al equilibrio expresivo.

## II

El análisis detallado de todos y cada uno de estos puntos resultaría hartamente complejo. Por ello, es nuestro propósito, a lo largo de estas líneas, tratar de verificar la trayectoria poética de la



obra de Luciano Gracia, centrándonos, sobre todo, en su libro **Creciendo en soledad**, en el que destacaremos algunas de las características más elementales de su quehacer literario. No obstante, hemos preferido efectuar un acercamiento cronológico, de forma que el estudio de esta obra pueda ser comprendido en el decurso literario de su autor.



### III

Luciano Gracia es un poeta que llegó al mundo de la publicación con la madurez de quien sólo canta como necesidad vital, de manera que es difícil trazar una trayectoria poética bien perfilada, dado que la mayor parte de los poemas conservados corresponden a un lapso de tiempo en el que apenas cabe evolución suficiente. Los primeros versos son de 1962 y los últimos se publicaron en 1982. Apenas veinte años, todos ellos dentro de una edad madura, impiden el estudio y la sistematización de etapas bien definidas. No hay, pues, período de formación. Luciano Gracia irrumpe en la poesía aragonesa de los años sesenta con temas, conciencia y tratamientos muy similares a los manifestados en sus últimos poemas conocidos.

### IV

**Como una profecía.** A *Isabel, verso de piedra* es su primera publicación independiente. Contiene dos poemas: *A Isabel, verso de piedra* y *Como una profecía*. La primera composición, débito a la poesía del momento, es un soneto bien construido en el que los continuos encabalgamientos tratan de romper el constreñimiento formal para lograr una mayor libertad expresiva. En él se definen dos de las constantes de la obra posterior: el amor como escape de la condena terrenal a la que el hombre se encuentra sujeto tras su expulsión del paraíso de la inocencia y la tristeza que lo invade todo <sup>1</sup>.

**Como una profecía** abandona ya los estrechos márgenes de la métrica tradicional para presentarnos un conjunto de versículos más desgarrados, donde podemos encontrar un «Acento personal, todavía indeciso, vacilante en la sucesión de metros no armonizables, pero con tono y con imaginaria que se hallará, con significación poética, en los poemas posteriores» <sup>2</sup>. Todavía no logra imponer un ritmo decidido a sus versos, que oscilan en grupos rítmicos endecasílabos (junto a los metros menores combinables, sobre todo el heptasílabo). Encontramos también en estos primeros poemas el intento de búsqueda de un canal de comunicación limitado en el que el poeta pueda expresarse con mayor confianza. Por un lado «imponía al lector la total identificación del poeta con el «yo» del poema <sup>3</sup>, por otro, aparece un **tú** concreto y definido, pero, al mismo tiempo, cambiante, ante el cual el protagonista puede lanzar sus imprecaciones. Primero llama a Dios:

Podaste los injertos de tristeza  
que crecían, **Dios mío**,  
Tú lo sabes,  
como una profecía de muerte sobre el alba.

Pero Dios parece no contestar. Pronto se dará cuenta de que el hombre se encuentra solo en su destierro, solo con su tristeza, abandonado a su suerte y a su desespero. El poema, la creación como una «necesidad fatal» <sup>4</sup>, ayuda al hombre a contar sus penas; el poema surge así como terapia vital en la que el poeta autoafirma su propia existencia («Soy soldado del verso y me llamo Luciano») y en la que plasma su tristeza y su melancolía («quiero decirle a Dios, casi turbado, / que me viene muy grande la alegría»). El poeta encuentra ya a sus compañeros de viaje: el amor, el llanto («nuestro aliado») y el poema. Todo forma parte de su propia sangre.



LUCIANO GRACIA

## VERTICE DE LA SANGRE



INSTITUCIÓN «BERNARDO EL CATELICO»  
ZARAGOZA  
1974

### V

**Hablan los días** (1969) nos va a conceder más claves todavía para la inteligencia de la poesía de Luciano. De este libro nos dice Ildefonso-Manuel Gil:

...en **Hablan los días** el poeta se había adueñado ya de su voz propia, llevándola desde los tonos agudos de un léxico desgarrado y de una imaginaria sorprendente hasta los tonos más bajos, profundos y sinceros de la confusión. Había sabido hacer su voz fundadora de ecos y personalizadora, bella y briosamente comunicativa <sup>5</sup>.

De su lectura podemos entresacar una red compleja de metáforas obsesivas que van a imbricarse de forma prodigiosa en esta y en las posteriores obras de Luciano Gracia. Destacaríamos todas aquellas que tratan de autojustificar el acto creativo. Rosendo Tello al comentar en rápido análisis la poesía graciana, decía que Luciano «Supo moverse con señorío natural en el mundo intrincado de las letras, como quien pide perdón por llamar a sus puertas» <sup>6</sup>. Desde el mismo título encontramos esa especial manera de enfrentarse al acto de la escritura: «hablan los días», es decir, cuanto leemos no es sino el eco, el registro de un vivir que trata de generalizarse en vivencia esencial, pero que se limita a una existencia desgranada en sangre que se va desleyendo en versos que son tiempo y su mirada, vida y su lamido angustioso. Esta singular manera de presentarse ante los lectores otorga un carácter peculiar a estos poemas, que cobran un definido aire de escritura como necesidad. Se capta así la voluntad del receptor hasta el punto de obligarle a concebir las palabras del poeta como algo trascendental, naciendo de este tono un decir epigramático y sentencioso en el que parecen descubrirse muchos de los grandes misterios de la vida. Tono que se manifiesta, incluso, en las citas elegidas, que, por otra parte, nos declaran las preferencias e influencias recibidas



por el poeta, quien actúa en esto, como en tantas cosas, de forma bastante visceral<sup>7</sup>. Así, «la vida se expresa mientras se va haciendo el poema; pluma, palabra, verso y poema son los atributos esenciales del poeta»<sup>8</sup>. Hay un continuo alarde en el que la comunicación se centra en lo que podríamos definir como función **quasi** meta-lingüística, en la que se hace reflexión sobre el lenguaje poético mismo y su causalidad. La lengua, la palabra, el verso, el poema sirven para explicar su propia función poética, construyendo un diálogo que se presenta al lector como una teoría que muestra visos de corporeidad no plural. Diálogo, por lo tanto, entre el yo y su desarrollo en el papel, entre la necesidad de escribir y su resultado, entre la forma que recibimos y unos versos que se van edificando en ese momento. Poesía *in fieri*, que se va creando y que el lector debe recibir con una frescura que le otorga un aire de modernidad:



Con Rosendo Tello y Manuel Labordeta

Girando a todas partes como un perro sonámbulo,  
todo lleno de dudas, empiezo, como puedo, a escribir este libro de poemas.

(...)  
Es empresa difícil **desnudarse** sin vértigo,  
y tengo, sin embargo,  
**necesidad** urgente de escribirlo,  
de **consultarme** cosas, muchas cosas, que las llevo  
girando y me retornan  
al punto de partida.  
(...)

**Quiero volcarme entero en mis poemas**, respirar por  
la herida que emancipa mis horas,  
**hablarme, me repito, como a solas, sin más testigo oyente**  
que el susurro del viento y mi sombra sonámbula,  
con palabras mojadas por los surcos del tiempo.

La poesía es un diálogo en el que el yo se desdobra en cada verso, que es un «hablarme, como a solas, en voz baja». El poema adquiere así funciones específicas. Por un lado, es el reflejo de una vida:

Dejaré **testimonio de mi duro camino**  
—aunque a nadie le importen mis problemas—,  
de que duermo entre vidrios, comiéndome los  
dedos.

Pero también es un sistema epistemológico, una manera de inquirir las verdades más ocultas para llegar a conocer, a dominar, a denominar las realidades más íntimas. Y aquí Luciano se nos muestra como un poeta romántico:

pregunto  
si es de todos el pan y la ceniza.

(Todo ello en el primer poema de este libro, curiosa y significativamente titulado «Punto de partida», composición que abre la primera parte del poemario, con nombre también suficientemente connotativo: **Fundido con mis cosas**).

Si seguimos con el orden del libro,

encontraremos casos en los que se prosigue y se sistematiza esta tendencia: Así, en «Desbrozando el camino»:

Luciano Gracia Bailo,  
asiduo peregrino de rastros  
y recluso indultado por la guerra.

Y la tierra será: «Mi poema de ahora, mi poema de siempre». La poesía se constituye así en un modo de sincerarse con uno mismo, un «desnudarse el alma»:

Escribir un poema, desnudándose el alma,  
es tomarle medida a la tristeza  
y hoy me arroja un porcentaje inverosímil.  
(«Hora punta»)

Soy poeta que pasta a la intemperie  
(...) y aquí poso,  
**desnudo y sin rodeos**,  
con toda sencillez que llevo encima.  
(«Como entonces»)

El poema surge como un vómito, como el alumbramiento necesario de un endriago monstruoso («Elegía última»).

Los espejos son, de esta manera, elementos importantes en la poesía de Luciano Gracia; en ellos se refleja el yo y se confiesa en una otredad todavía no perfilada:

Me miro en el espejo,  
qué cansado, qué canción tan cruel en las pestañas.  
El poema me roe, se me lleva de viaje.  
(...)  
Me moja el corazón con su sangre más roja, que pura se desnuda  
(...)  
... me confieso culpable  
de toda mi tristeza...

(«Suma y sigue»)

**Hablan los días** está dividido en cuatro partes: «Fundido en mis cosas» (quince poemas), «Cuando todo anochece»

(tres), «Homenajes» (cuatro) y «Colofón» (un poema). Trece composiciones en total que comienzan en un «Punto de partida» en el que se nos presenta al protagonista poético en su melancólico estado de desesperación y se nos describe su propia concepción sobre el quehacer poético, dejando traslucir toda su voluntad de sinceramiento. Así va caminando por la vida, «desbrozando el camino», buscando su sitio en este mundo, encontrando y conociendo su tierra, meditando en esos días de mayor sosiego y tiempo para realizar una serie de actividades más placenteras: los domingos («Hora punta»), parándose a reconsiderar todo su pasado («Kilómetro cero»). En «Cuando anochece» el poeta indaga en su estado de ánimo y recuerda su pasado hasta llegar a considerarse muerto y cantarse (¡en grotesca ironía!) su propia «Elegía última» (recuérdense los poemas de «enterrados» de Vicente Aleixandre). Con los «Homenajes», nuestro protagonista poético indaga en vidas ajenas, paradigmáticas y ejemplares, en las que trata de reflejarse y aprender cómo existencias angustiadas pueden llegar a ser positivas para la evolución de la Humanidad. Con el «Colofón», se realiza una nueva revisión, un «Suma y sigue» que deja al poeta casi en la situación inicial, aunque con algo ya aprendido:

Los temas **eternos de soledad**, el amor, la esperanza y el sufrimiento surgen aquí enteramente lúcidos, con la expresión y el ropaje de un modo de hacer poesía rotundo y mesurado (...) El poeta (...) halla en su dolor el reflejo del dolor de los otros y canta, como testigo innumerable, la vida de todos los demás.



VI

**Vértice de la sangre** (1974) «es un libro angustioso, rabiosamente humano. Un paisaje agreste y lleno de armonía, donde los versos van surgiendo, desgarrados y auténticos, con una asombrosa intuición poética y un sabor a piel pudriéndose en la tierra»<sup>10</sup>.

**Vértice de la sangre** incide en la confusión poesía-vida, pero aún a ésta la insistencia en la identificación del yo con la realidad externa, con lo otro, a través del hermanamiento de la sangre:

Cada verso que vivo,  
es la herida de España que me duele  
y me enciende la sangre.

(...)  
Cada verso que vivo  
es lluvia que me turba y estremece  
los glóbulos más rojos.

(«Cada verso»)

Y, con más claridad:

Desde el vértice puro de la sangre, impulsado irrefrenablemente hacia la piedra que llevará grabado mi nombre y mi apellido, humildemente vengo con la lengua abrasada y el corazón tatuado de inviernos y veranos. Desde el vértice más puro de la sangre, desde mi voz mortal os requiero y os digo,

(...)  
que se ha llevado el ciervo el pan y los membrillos que legué en testamento a mis hermanos.

(«Vértice de la sangre»)

La sangre entra a formar parte así de la constitución del cantor, que se define en ella:

Soy preso adolescente del amor y la lluvia,  
de la sangre encendida,  
de azúcar y del vino.

(«Hoy me llora noviembre»)

Esta conciencia afecta, incluso, al sistema epistemológico que sustenta la cosmivisión graciana. De esta manera, conocer, llegar al fondo de las cosas, aprehenderlas en la memoria, es abrirles las venas, porque en ellas se esconde su verdad más esencial, su elementalidad más primigenia. La sangre es la esencia de las cosas. Cuando algo se trastoca es porque tiene una sangre que no le corresponde. Así en la constante confusión de meses y estaciones:

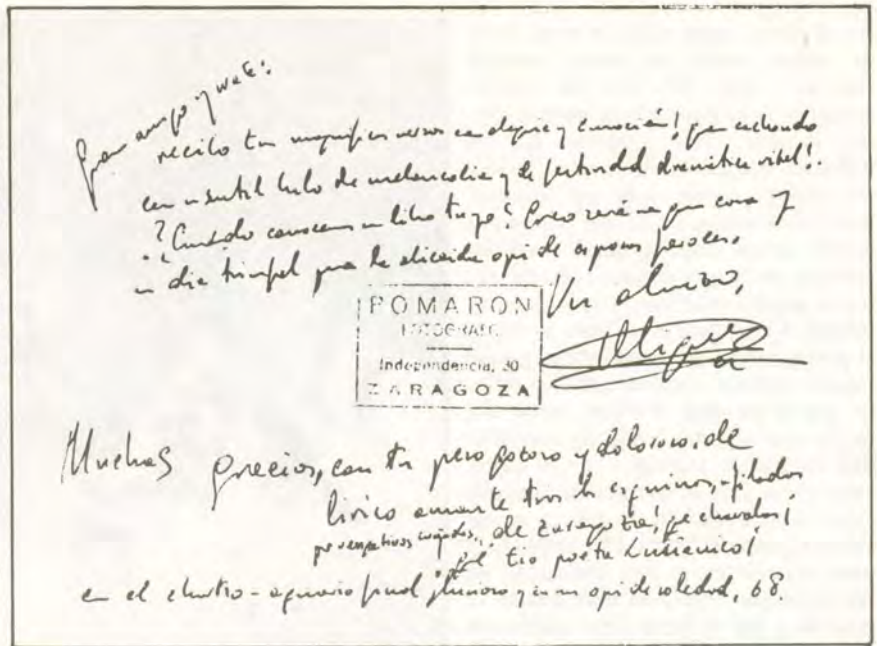
Tendría que besar la tierra donde gestas  
estos versos de otoño con sangre de abril.

El poeta desea fundirse con aquellas otredades que considera positivas a través de la sangre: inyectar su sangre en la mujer:

Hay tristezas azules como el mar  
con espuma en la boca. Cuántos días  
caminaba apoyado en mi poema  
con miles de preguntas bajo el brazo,  
y sentía muy honda esta tristeza, y sentía  
el delirio, cada vez más agudo,  
de fecundar mi sangre en tus raíces;

(...)  
Ya me pueden herir espalda y pecho  
los días que me quedan,  
degenerar la sangre en agua amarga

(...)  
tú,



Carta de Miguel Labordeta a Luciano Gracia (Febrero, 1968)

mi verso cohibido, mi tiempo indefinible,  
ya me has dado tus glóbulos más puros.  
Le has dado una razón a mi locura.

(«El corazón como testigo»)

Pero la sangre, al tiempo que contiene los elementos caracterizadores de las cosas, perpetúa y eterniza la esencia de las mismas. Sangrar llega a constituirse en vivir sincero; es dar todo lo que se puede dar, desvirarse a cada minuto, en cada verso. Así en el amor:

Amor mío, ya sangro inmortalmente  
en este agonizar desesperado.

(«Sol ardiente»)

En la sangre reside la fibra sensible de las emociones; en ella se concentra el dolor y la facultad de sentir los escalofríos del oscuro existir. Se sangran los besos y la sangre adquiere capacidad sensitiva. La vida será, así, la sangre de Dios, y los amigos, reales o recreados en el mito, transmiten sangre cuando siguen aportando recuerdos o emociones.

Para I.-M. Gil, **Vértice de la sangre** supone «una continuidad, acompañada de un evidente progreso en la belleza de la expresión poética»<sup>11</sup>. Creo que, además, supone un asentamiento de los temas, una mayor concreción expresiva, reflejada en la más profunda introspección de una imaginaria que va cercando la descripción metafórica hasta hacer más sincera la comunicación, que se centra en dos temas sobresalientes: el amor y la muerte como norte y presencia del existir. Amor y muerte que acabarían con la angustia, aunque de desigual manera. El amor como salvación de la muerte y huida de ella; muerte que se va desangrando en la vida y en los versos:

El tema de los poemas venía impuesto por un fuego interior de total autenticidad y de expresión arrancada de lo más hondo de mi ser —nos dice el poeta—. En mi obra no existe intento alguno de experimentalismo, sino afán de volcarme sencillamente como soy, y esto, a mi modo de ver y sentir la poesía, es lo más sano y auténtico de mis versos. Tampoco creo que se pueda hablar de una perfecta estructuración lógica, es decir, sistemática, de la obra. Más bien habría que hablar de un engarce psicológico, trabado por una temática de emoción, visión y expresión comunes<sup>12</sup>.

VII

Con **Creciendo en soledad** debiera iniciarse lo que Tello considera «segunda fase del mundo, cada vez más interiorizado» de la poesía de Luciano Gracia.

En este poemario, el poeta abunda en los temas ya analizados en los libros anteriores, pero con un mayor acendramiento y una mayor depuración. Va ganando el verso en complejidad conceptual y metafórica, al aparecer las distintas ramificaciones semánticas en una imbricación perfecta de temas y motivos. El poeta se da cuenta de que, al fin y a la postre, se encuentra solo ante su propia angustia; que su agonía vital supone un trauma personal frente al cual sólo cabe la rebeldía a través de un verso en el que se desvive y en el que alienta su propia salvación por medio de la comunicación «con un más allá del cielo y del aire, del día y de la luz»<sup>13</sup>. Por eso se produce el desdoblamiento del yo y del mundo, claves de toda poesía en su postura ante la realidad, en lo que ha sido definido como una «tendencia inevitable a dramatizarlas, acaso con exceso»<sup>14</sup>. Toda esta contradictoria exigencia de condena y rebeldía reflejada en el verso va ayudando a la confusión vital y literaria:



Ante el desorden y la violencia, la injusticia y la absurdidad del mundo en que vive, el poeta se siente deprimido, frustrado; y, por ética y estética, lo condena rotundamente. Condenación hecha desde el grito y el llanto, yendo desde la tristeza hasta la ira y la desesperación; tales estados de sentimiento y juicio son difícilmente expresables con mesura y, por otra parte, el grito y la imprecación caben en la poesía lírica cuando el poeta es bueno y ambos son parte inevitable de su reacción personal contra ese mundo, actitud que en la poesía no se apoya en la dialéctica, sino en intuición y emotividad. El poeta es fiel a su tiempo y en su poesía lo ha intemperizado fijándolo (...) en el poema 12.

Complejidad, pues, que puede en algunos momentos confundir y hacer errar a quien trate de ordenar con sistema tanto sentimiento en palabras. Porque la poesía de Luciano lo es de la existencia, de lo concreto —como dice Tello—, del vivir cotidiano. Como en tantos casos, se parte de los elementos materiales para elevar una reflexión sobre el hombre y su relación con el mundo, entre el yo y la otredad, que es el infierno y la única salvación.

Pero vayamos con algunos de los versos de este desgarrado libro. El poeta nos comunica su estado de ánimo en la dedicatoria, dándonos la clave de su interpretación:

A mi hija María Elena.

Escribí este libro de carne y hueso y dolor mío, abrasado por la soledad de septiembre y octubre de 1975...

Ubicación temporal que supone otra de las constantes de su poesía, en unos momentos de trascendencia histórica y política. Este libro no podría haberse escrito más allá de octubre de 1975, pues la muerte de Franco creó en Luciano, como en tantos y tantos otros, un estado de esperanza que proyectó cierta luz sobre su tristeza.

En **Creciendo en soledad** existe una mayor y mejor asimilación de las lecturas y de las influencias: Vallejo, Neruda y Hernández (ya señaladas por Tello), a las que hay que añadir tres que estimo evidentes: Cernuda, Aleixandre y Dámaso Alonso. Del segundo, tenemos claras influencias, casi intertextuales, a lo largo de su poesía; en **Hablan los días**, y por señalar algún verso, encontramos:

hablarme, como a solas, en voz baja

o

los poemas desnudos...  
que hablarán, entre pausas, delatando,  
a caducos y viejos carnavales.

que tanto nos recuerdan los versos de **Espadas como labios**. Conceptos muy cercanos a la visión del mundo aleixandrino encontramos en infinidad de poemas: desde la génesis del libro, escrito, como gran parte de la poesía del sevillano, desde el dolor del lecho, en intento de fusión con lo cósmico y en

LUCIANO GRACIA

## CRECIENDO EN SOLEDAD



PUYAL  
12

PUBLICACIONES  
PORVIVIR INDEPENDIENTE  
1978

eterna conversación con lo desconocido, hasta ese peculiar sentido de la comunicación poética.

La influencia del Dámaso Alonso de **Hijos de la ira** no sólo es evidente, sino que podría decirse, al analizar el ritmo y el tempo de ciertos versos de Luciano Gracia, que esta obra que conmocionó la «dulzura» de la poesía de la primera década de postguerra, tuvo que impresionar de manera considerable a nuestro poeta, según trata de emplear el acento, el tono y el léxico utilizados por el poeta madrileño.

Otras influencias pueden atisbarse en ciertos poetas surrealistas —quizá a través de Miguel Labordeta—, y, en concreto, creemos ver la de Paul Eluard. También pueden rastrearse similitudes e influencias de poetas contemporáneos del resto del Estado, en especial de Gabriel Celaya, José Hierro y Blas de Otero. Aparte las ya mencionadas de poetas aragoneses sobre todo de Miguel Labordeta, Julio Antonio Gómez y Rosendo Tello (de este último trata, en ocasiones, de emular la plasticidad rítmica del verso).

En fin, Luciano Gracia es un poeta autodidacta, lo que le confiere humildad y expectación ante quien creía que podía enseñarle algo; su capacidad receptiva era, por ende, mucho mayor de lo que cabría imaginar en una persona de su condición; trataba de suplir sus deficiencias de formación literaria con grandes dosis de intuición, de naturalidad y de sinceridad poéticas. Luciano no escribe en la literatura o a través de ella, se escribe él en cada verso, dejando su sangre y contaminando las cuartillas de su dolor y de su tristeza, participando al poema su propia agonía existencial y manifestando en él su singular ordenamiento del mundo, su teoría personal, su cosmovisión desordenada y su angustia vital.

Dos de los temas que estructuran los libros anteriores se aúnan en **Creciendo en soledad**: la necesidad de escribir y la sangre que alimenta el verso:

Creciendo en soledad la sangre mía, tropezando de súbito con el vacío,  
temblando por rastrojos de ceniza,  
se desnuda y se mira en el espejo por si hubiera cambiado de color...

(...)

...Arde

en la nieve eterna, que prevalece pura,  
y en la diadema azul de la palabra.

(«Creciendo en soledad»)

En **Creciendo en soledad** los temas analizados van adquiriendo cuerpo poético y ampliando su valor simbólico, de forma que es posible la matización que confiere a la imagen una riqueza hasta ese momento no alcanzada. Así, la sangre no siempre representará aspectos positivos: hay «sangre vidriosa», sangre congelada:

Era un domingo 13, cómo lo recuerdo. Resbalé por un hueco de la noche avariciosa y sólo abrí los ojos desmesuradamente para besar el suelo. Con la **sangre vidriosa** me congelé en el fondo.

(«Desnudo como el viento del Moncayo»)

Y, de esta manera, la sangre puede tener propiedades personales, como la vehemencia, o ir adquiriendo otras, contaminándose de ellas. La sangre será la representación del dolor («Se contorsiona el mundo en un charco de sangre»). Pero simboliza, al mismo tiempo, lo más primigenio y elemental. Los hombres, incluso, participan de ese carácter de la sangre como portadora de vida.

El poeta se autodefine utilizando la sangre como la vida —luminosidad— de una estrella, y, volviendo a ensambalar sangre y verso participa del carácter vivo del poema y del desvivirse del poeta («y escribo más poemas / más hondos cuando sangro»). La sangre adquiere un valor simbólico más importante en **Creciendo en soledad** que, incluso en **Vértice de la sangre**. La profusión de sus apariciones hace que nos sea imposible incluir aquí todos los versos que la contienen. Haremos, no obstante, una breve selección de los sintagmas más curiosos:

Sangre densa  
(«Cuando hablo con los ojos»)

Sangre suicida  
(«Redes de aluminio»)

Telarañas de sangre  
(«El último adiós»)

Sangre emocinada de lluvia efervescente  
(«Después»)

Los datos climatológicos de la sangre  
(«Después»)

La sangre amotinada / con calor animal  
(«En un día cansado»)

Poema de mi sangre  
(«Le devuelvo a la tierra»)



La sangre decapitada por el odio  
(«Coloquio al aire libre...»)

Encontramos en **Creciendo en soledad** la culminación de un universo semántico que había iniciado el poeta en sus libros anteriores incidiendo en el acercamiento a lo cotidiano. Este libro nos presenta la rebeldía del poeta contra su soledad y su falta de libertad:

...con dedicación muy destacada hacia concretos aspectos de la existencia personal y colectiva: el hombre en lucha por liberarse de la tristeza y soledad con que injustamente es castigado por sus semejantes, la fuerza de la amistad como arma de protección frente al entorno hostil, la reivindicación de las cosas y los seres sencillos no abandonantes y la evasión del ser atormentado hacia las madrugadas urbanas con su fina lluvia de alcohol al fondo<sup>16</sup>.

El poeta tratará de huir de su continuo caminar hacia la muerte, sumido en una enfermedad que le impide disfrutar de cuanto de hermoso tiene la vida. Por eso llega a decir:

...Leo  
a César Vallejo para olvidarme  
un poco de la muerte.  
(«Cuando escribo estos versos»)

El dolor es el motor de su poesía, su aliento. La desesperación en que se encuentra le obliga a pensar que «Sólo la muerte / podrá liberar(le) de esta sorda tristeza». Pero llega a la conclusión de que el amor es lo único que puede salvar al hombre:

...Sólo  
el amor, con su candor de beso adolescente,  
nos emancipa de la irrevocable  
oscuridad. Nos redime de la ira  
alucinada de la muerte.  
(«Ya me llega a la luz la memoria»)

Su agonía se justifica cuando leemos que el poeta está imposibilitado para el amor, a causa de su enfermedad. Por eso se desespera:

Hace más de dos meses que no hago el amor.  
Cómo me asciende arrodillado  
el susto por la sangre.  
(«La noche se desnuda»)

**Creciendo en soledad** es una clara manifestación de poesía testimonial, poesía-diario del hombre que se va diluyendo y desangrando en sus propios versos, realizada con un «lenguaje colo-

quial rico en descripciones enumerativas hasta el detalle de todo lo vívido visceral más que intelectualmente, exposición de la realidad desde una actitud de ávido sensualismo resultado de una voraz observación y experimentación de los hechos que, a veces, encuentran su mejor expresión tras su sometimiento al filtro del deseo. Su verso, aleación carne-hueso, tierra-piedra, agua-río-mar, azúcar-sal, acostumbra en el ofrecimiento de metáforas e imágenes de acumulación sorpresiva, y es una caña libre de gran sonoridad que sabe quebrarse donde conviene produciendo originales efectos rítmicos»<sup>17</sup>.

De entre esa particular concepción de la imagen poética, vamos a destacar algunas que estimamos capitales para entender el sentido recto de la poesía de Luciano Gracia.

En primer lugar, vamos a centrarnos en las alusiones al poeta, a sus versos y al acto mismo de escribir, tratando de buscar el asentamiento de toda una poética que se va haciendo en el momento mismo en el que se practica.

El estado de ánimo desde el que el agonista poético comienza su andadura nos es ya conocido: Sometido al dolor, desterrado del mundo y del paraíso en el que la felicidad lo domina todo, siente hervir todavía en su alma una serie de sentimientos que le convulsionan, le duelen, pero, al mismo tiempo, le hacen sentirse vivo, aunque en una existencia vegetativa, intuitiva, porque vivir no exige apenas acto alguno de voluntad. Es esa «sangre cálida», ese amor a lo infinito, ese deseo de conocimiento profundo lo que impulsa al poeta a la lucha, a rebelarse contra la tristeza, la angustia, la desolación, la amargura y la soledad en que se halla. Escribir será, pues, una tarea agónica en la que, por una parte, tratará de huir de su estado a través de la comunicación y, por otra, intentará perpetuar y dar testimonio de esa personal manera de ir «haciéndole la guerra a la fatiga». Por eso se considera «poeta de barro forjado por la lluvia», **poeta de barro**, es decir, «poeta de carne y hueso», poeta de lo

concreto y de un efímero existir que aspira al mar abierto de la alegría:

Escribo  
versos impacientes de mar exhaustos  
y aburridos de tanta reverencia.

Esta es la dicotomía constante: búsqueda y fracaso, hiel y miel, aspirar y desesperar, desear y estar sujeto, amarrar a la circunstancia vital e intento de evasión. El tono de melancólica ilusión radica, quizá, en el certero conocimiento de que cualquier fantasía no es sino una mentira vital más, de que cualquier justificación no será más que un intento de prolongar la credibilidad y la moral en la lucha, que no en la victoria. Curioso a este respecto es el testimonio del propio Luciano, quien, en el poema «Creciendo en soledad» nos explica en la dedicatoria: «Al poeta Angel Guinda, rebelde en la victoria», que no puede, leerse sin grandes dosis de ironía («rebelde en la victoria» equivaldría así a «victorioso en la rebeldía» o, en otros términos, «luchador de la tristeza aun sabiendo que estamos condenados a ella» o, si se quiere, «luchador no resignado»).

El poema surge así como un traslado de la realidad; su intento será el vaciado de una circunstancia en el papel, pero será siempre una copia limitada y parcial. Un poema puede ser «hurtado / sin angustia / al rojo decorado del amanecer». Recordemos que, de igual manera, Góngora acusaba a un pintor de «hurtarle el vulto» al retratarle. Y es que el proceso imitativo es, si no similar, sí al menos parcialmente coincidente. En ambos casos no se intenta imitar la naturaleza directamente —lo que definiría un arte «realista»—, sino que se somete esta naturaleza «objetiva» a un tamiz que interpone el poeta. El resultado es dispar por muchas razones, pero, entre ellas, porque la asociación conceptual realizada por Góngora es, como decía Gracián, «un acto del intelecto», mientras que Luciano tamiza la realidad a través de su estado de ánimo, de sus sentimientos; su proceso es un acto emocional. Hay en los dos casos mucho «romanticismo», aunque de distinto cuño.

Escribir es un acto de comunicación cuya imperiosa necesidad se impone:

Hoy no pude acostarme  
sin escribir este poema.  
(«Una amarga fotografía»)

Es lógico que se consigne la circunstancia: el **aquí** y el **ahora** de cada poema:

Hoy canto desde aquí, desde este cuarto mío,  
testigo de zozobras infernales,  
a las dulces muchachas.

(«Recuperado por la lluvia»)

El poeta escribe para comunicar la experiencia mística de su intento de conocimiento del mundo y sus misterios.

TARJETA POSTAL



6 - SANTANDER  
El Sardinero - Primeros Hays.  
Le Sardinero - Primeros Hays.  
The Sardinero - The First Beach.

FOTODUPLICAR VALIANT - JUNIOL - BARCELONA

Tarjeta postal de Miguel Labordeta a Luciano Gracia



Es un demiurgo y la poesía su instrumento. Su obligación es cantar, aunque la angustia se lo impida; sus interlocutores, los hombres, a los que llama para darles a conocer su propia visión de la realidad («Yo os invoco»). Poesía como epistemología de los secretos arcanos de la existencia. Por eso la indagación, las preguntas, los erotemas que nadie responde:

¿Dónde mis años, donde?  
Descendieron, ¿a dónde?

(«Recuperado por la lluvia»)

**Ubi sunt**, tópico y esencia del eterno existir poético se desangra aquí en la lectura, a través de la cual habremos de llegar al conocimiento de la verdad del hombre. El poeta nos ofrece sus experiencias —reales o literarias— y así va depurando su concepción poética. Por medio de estas experiencias y gracias a su especial intuición llega a un conocimiento más profundo, que será el que trate de comunicar. Por eso describe con insistencia la misión del poeta:

Los poetas cantamos con la voz dolorida  
y emanando ansiedad...

(...)

Nosotros que escardamos la viña del dolor  
nos beberemos con la madrugada el vaso  
de rocío que dio al poeta  
su voz de profecía.

(«Desde un tallo desnudo»)

Primero nos muestra ese deber universal del poeta, pluralizando esa misión socrática que tiene el vate de ir extrayendo, mayéuticamente, las verdades a la existencia por medio de las infinitas preguntas que le va haciendo a la vida; de ahí esa «voz de profecía» que está obligada a transmitir sus averiguaciones. Pero, a continuación, Luciano particulariza en su propia labor lírica, en ese excelente «Autorretrato irreflexivo, casi real» dirigido a uno de sus verdaderos amigos, José Luis Melero, en quien ve reflejada su otredad. El poema tiene valor doble: Por un lado, el de la reflexión («irreflexiva») personal y, por el otro, el de la enseñanza a un «poeta y amigo». Por lo tanto, es una definición la suya que trata de hacerse universal. La misión del poeta es comunicar; de ahí la constante tendencia a la autojustificación, ese ir recordando el porqué de cada verso o que se lo vaya preguntando cuando no lo sabe («¿para qué este poema?», en «Ya me siento los pies»).

El poema es fruto de la indagación que hace el poeta a la vida, a la tierra, a la que exige la esencia, la verdad de las cosas. Pero es necesario que el proceso sea de ida y vuelta: el vate extrae de la tierra las esencias, pero ha de devolverle la aprehensión de las verdades a través de su descripción en el verso («Le devuelvo a la tierra»).



En Madrid, 26-II-71

Esta es, pues, la poética existencial de Luciano Gracia: escribir como terapia contra la apatía, como intento de eternizar la lucha agónica contra la desesperación. Poesía testimonial, intimista, concreta, personal. Rosendo Tello la define así:

La poesía de Luciano Gracia es la poesía de lo concreto humano: el problema personal, agónico, de un ser que lucha, con violencia a veces, por resolver su conflicto humano y acceder, mediante la comunicación, a un mundo justo, también humano y concreto. Su poesía, rebelde consigo misma, constituye un deseo de solucionar las íntimas contradicciones internas, «desnudándose el alma», que frenan el vuelo a un más allá. Poesía elemental y de los cuatro elementos que impregnan su obra, y poesía corporal que corporiza y antropomorfiza cuando toca. Vida y muerte en constante trasiego y cruce temporales; de ahí el tono elegíaco de una actitud que conforma su mirada como cantor de la vida y de la muerte, y de los muertos, a través de la vida. Y cantor también de la poesía, en su fusión de vida y muerte, según nos hacen ver esas insistentes intromisiones de un hacerse antipoético<sup>18</sup>.

La tendencia a la prolongación de la labor poética enlaza con lo que anteriormente mencionábamos del proceso de la imitación practicado en la poesía de Luciano Gracia. Su poesía es un «tomarle medida a la tristeza», pero su intento lo es de grabar en indelebles formas las conclusiones de ese pulso. Por eso abundan sobremanera las alusiones a las inscripciones en la piedra, al tallado, a la pintura, incluso, en una nueva y barroca asimilación de todas las artes en búsqueda desesperada por encontrar su propia eternidad, en lucha contra el tiempo y el olvido. Existe en la poesía graciana un esfuerzo por contaminar elementos que pertenecen a distintas manifestaciones artísticas; su deseo es el de llegar a representar plásticamente cuanto considera debe perdurar en su memoria. Este anhelo apare-

ce ya en **Como una profecía**: «Tus labios y mi nombre tatuados en mi sangre» y en **Isabel, verso de piedra**, pero se va estructurando a lo largo de su obra para adquirir una forma perfectamente sistematizada en **Creciendo en soledad**. En **Hablan los días** lo encontramos en un **tú** ambiguo:

y escribes en la roca y en la nube, con el numen  
preciso  
de tus manos,  
el poema inmortal que te define.

(«Hora punta»)

Escribir es aprehender las realidades más íntimas y comunicarlas para que no puedan olvidarse. La comunicación se concreta casi en un círculo de emisión/recepción reducidísimo en el que no se precisan las palabras:

...y escribiré en tus ojos  
los poemas desnudos, mi tormento de arena,  
que hablarán, entre pausas, delatando,  
a caducos y viejos carnavales.

(«Cuando anochece»)

Los grandes hombres, con su ejemplo, han grabado para siempre su poema paradigmático y singular, que se lee con los ojos cerrados y se retiene en la memoria. Así Martin Luther King:

Al hombre que cultiva la herramienta y el beso  
—enlutados los párpados—  
le irá fructificando eternamente, leyéndolo sin  
ojos,  
el poema sagrado de tu biblia.

En **Vértice de la sangre** este deseo aprendido en los otros se constituye en la esencia misma del libro: es su vida el objeto del poema, su existencia que se desangra y que tratará de tallar en la piedra para que se perpetúe como lectura ejemplar.

La tierra, los muertos, la historia son los objetos, los conceptos de los



que va aprehendiendo su noción de la existencia, en ellos se va grabando el poema, que se fermentará en el aire y quedará perpetuado con su propia sangre («Escribiendo en la tierra...»).

Ante la muerte de un gran amigo, Miguel Labordeta, el poeta siente la necesidad urgente de perpetuar su dolor en la naturaleza

Quisiera —cómo quiero— remover el cielo  
y escribir en las nubes tu elegía.

En **Creciendo en soledad** esta característica adquiere un mayor peso específico. Se van esculpiendo en la sangre los elementos que irán componiendo y estructurando la obra. Este proceso, empero, se ve también aquí en su propia evolución, en su ir haciéndose, acrisolándose con el fuego en dura forja que grabará los mensajes en indelebles signos de belleza. Hay otros elementós, como la sensualidad, que, al ser esculpido por la nieve se convertirán en agua por efecto del fuego: serán, pues, grabados circunstanciales y efímeros:

Sonámbulos bocetos de lujuria  
se adhieren a la arteria del poema...  
en una flameante cúpula  
de senos **esculpidos por la nieve**.  
(...)

Arde el agua y las piedras, arde el hombre  
y la lengua abrasada del poeta  
en el viento orquestal de las palabras.

(«Arde el agua»)

Estos elementos irán casi siempre unidos en este poemario, desde la primera composición, en la que se nos habla de la indetenible raíz del corazón, «de pájaro indeleble / con voz acrisolada por la piedra», de forma que casi podemos afirmar que se acoplan en estructura binaria: el fuego es el proceso por el cual quedan grabadas las esencias de las cosas:

Labios con inscripciones anhelantes  
quedaban petrificados con la bruma de julio.  
(...)

Ardían las palabras de los niños  
en un bosque dormido.

(«Requiem por un llanto inextingible»)

...Beso agónico esculpido en la sangre  
cómo dudo de la cruz inocente.

(«Hoy no he visto la calle»)

**Grabaré mi poema de protesta**

(...)  
en el vientre sagrado de una hindú.

(«Heme aquí»)

El fuego se acrisola en la sangre y en ella se transporta el mensaje indeleble. Así **esculpir en la sangre** se opondrá a **tallar en la nieve**; **fuego, sangre, nieve** funcionarán de esta manera de forma sistemática.

## VIII

El último de los libros publicados por Luciano es **Poemas recobrados**.

En él podemos distinguir dos partes bien diferenciadas: una antología de la

obra poética anterior y un libro autónomo: **Huellas de ceniza**, que recoge 24 poemas que van de 1972 a 1982; la mitad de estas composiciones son elegías a distintos personajes: Goya, Sender, Diana Gastón, etc. Se trata, pues, de un **corpus** muy limitado, en el que el temor a la muerte puede ser considerado como el tema central. El resto de los temas y motivos han sido ya reseñados y no encontramos aportaciones novedosas.

Existen otros dos libros inéditos, que verán la luz en los próximos días: uno en León y otro en Madrid, y de los cuales nada podemos decir por no haberlos leído.

Finalizamos así nuestro recorrido por los versos de Luciano Gracia, esperando que nuestro acercamiento pueda servir para una mejor comprensión de la angustia que rezuman y de la expresión de un dolor y una tristeza impuestas que aspiran a ser amor. Haremos, sin embargo, un breve esquema en el que nos declaramos las obsesiones poéticas del autor. Un poeta —un hombre, a la postre— es un mundo —ajeno y distante, a veces, otras demasiado cercano, al resto de los hombres—; sus que trataremos de sintetizar las claves de este quehacer poético dolorido y angustiados.

Aparte la labor poética, Luciano Gracia escribió un total de cuatro prólogos a obras de otros autores. En estos escritos podría asentarse cuanto hemos venido diciendo aquí.

## IX

Hemos ido viendo cómo Luciano Gracia estructura el verso en una serie de campos semánticos que van configurando una tupida red de asociaciones procesos emocionales o intelectivos no pueden sernos totalmente desvelados a través de sus palabras, pero en sus versos el creador proyecta demasiadas cosas: estados de ánimo, un mundo ideal, fantasías, recuerdos, sensaciones, emociones, amores y odios. Por medio de la agrupación sistemática de imágenes, metáforas y semas podremos ir intuyendo y reconstruyendo ese complejo mundo interior de cada poeta. Estas redes asociativas configuran una auténtica tela de araña en la que podemos observar que se repiten —como decía Mauryon— palabras, significados, conceptos, estructuras sintácticas y mentales que, en cierta medida, podríamos afirmar que vertebran una lógica de pensamiento y, por ende, una determinada cosmovisión poética.

De esta manera, al verificar esta operación en la poesía de Luciano Gracia observamos que estas **métaphores obsédantes** se centrarían en una serie de ejes fundamentales:

A) Unos ejes paralelos que estructuran verticalmente la concepción poética del autor, de manera paradigmática. Constituirían su concepción sobre la poesía, su finalidad vital. Estas funciones vertebran los temas centrales de la poesía de Luciano, que, como ya se ha mencionado repetidamente, serían el **yo**, el **mundo**, y los **otros**. Serían:

1. — **Testimonio**. Poesía como testimonio de una vida angustiada. Es el punto de partida del **yo**, que se dispone a contarnos sus experiencias vitales.

2. — **Indagación**. Poesía como instrumento de conocimiento, como formante de un sistema epistemológico para aprehender la esencia del **Mundo**. Indagación en la otredad, en los hombres y en la Naturaleza.

3. — **Comunicación**. Poesía como expresión de la propia experiencia vital que enfrenta al **yo** con el **mundo**. Aparece en esta tercera función el tercer elemento: los **otros**, los destinatarios del poema. Con esta función se cierra el proceso sobre sí mismo.

B) Existe otra serie de compartimentos estancos que estructuran horizontalmente; serían los elementos centrales de la poesía graciaña, a la que irían adscribiéndose los distintos temas que la configuran. En ellos, hallaremos una gama de asociaciones que se van repitiendo hasta conformar una coherencia sistemática, aunque inconsciente, que muestra la postura del poeta ante el mundo. Serían tres elementos:

1. **Yo**. Es el punto inicial de todo el proceso. Se corresponde al testimonio. El verso surge así como expresión del **yo**, lo que, dada la reconocida humildad de Luciano, le lleva, por un lado, a la constante autojustificación del acto de escritura y, por otro, a una continua lucha contra sí mismo. El **yo** aporta gran cantidad de temas que le son propios. En el caso que nos ocupa, la tristeza, el dolor, la autojustificación, la ternura, la soledad, la necesidad de amor, el temor a la muerte, la necesidad de describir lo cercano y concreto, el pasado. Todo ello justifica la denominación de poesía existencial. Esta adscripción a lo concreto puede objetivarse en la necesidad de fijar en el tiempo y en el espacio cada verso, así como de repetir, casi obsesivamente, una serie de objetos que acercan la poesía a una materialidad próxima (así los zapatos o el pan). El **yo** es portador de sangre y, a través de ella, buscará la fusión con todo lo elemental, con la esencia de las cosas —mundo— y de los demás— otros. Será también el emisor del mensaje y el actor de la indagación. La tristeza, como estado de ánimo casi permanente del **yo**, le lleva a entablar una melancólica agonía que le conducirá a la rebeldía.

2. **El Mundo**. El mundo, la vida es lo que encuentra el **yo** al salir de sí mismo; supone la **otredad** en la que ha de reflejarse como en un **espejo**. Mediante el diálogo del **yo** con el **mundo**, el poeta va descubriendo al hombre, buscando la objetividad. El mundo, en principio, le aporta conceptos y nociones negativas: desorden, injusticia, violencia, absurdo, muerte, todo lo cual le lleva a contagiarse su propio dolor y a exclamar: «Me duele el mundo», de forma que «su cuerpo es el cuerpo del

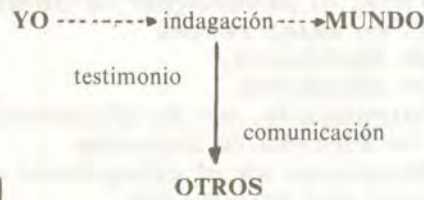


mundo y el yo alimenta en cada porción del universo del poeta y en cada uno de los temas capitales en que se embebe» (Tello). El mundo, empero, también le proporciona al hombre, y, en él, aprende la muerte y el amor, halla el espejo en el que mirarse y conocerse. En el mundo indaga el yo para aprehender las realidades y, por ellas, aspira a un más allá de esencial elementalidad identificado frecuentemente con el mar. También le concede el tiempo real, el de la vida, con su sucesión trágica de días y noches, y el espacio donde se ubica el yo. En síntesis, la poesía de Luciano «es la poesía de la noche, del agua, de la tierra y la piedra, del otoño y del invierno, en lucha por salir y comunicarse con un más allá del cielo y del aire, del día y de la luz (primavera soñada, verano cerrado, madrugadas, alba, aurora imposible y mediodía de esplendor), del fuego de la vida y de la sangre» (Tello). Su poesía lo es del mundo en cuanto en él indaga, por eso es poesía de lo material y de lo concreto. El mundo es también, a veces, receptor de la comunicación.

servir de estiércol que abone la tierra en la que fermenten. A ellos va destinada la comunicación.

C) El tercer gran constituyente de la poesía de Luciano Gracia es el verso en sí, el poema. Será el canal de comunicación que una al emisor (yo) con los receptores (otros) y transmita el mensaje (la indagación del mundo). El verso es la palabra que lleva la sangre del poeta; palabra tallada, grabada, tatuada en el mundo para que sea indeleble y pueda ser interpretada a lo largo del tiempo que limita la existencia. El verso es el instrumento, el fuego que acrisola el mensaje produciendo una aleación que sea de todos conocida (el verso interpreta la realidad y la traduce a un idioma conocido de los otros, los receptores). Pero el verso puede ser objetivado y constituirse en objeto mismo de la indagación, en parte del mundo. Será, pues, la otra existencia del poeta, que transmite su desvivirse agónico de cada día.

El ordenamiento de estos elementos sería como sigue:



#### NOTAS

<sup>1</sup> El desarrollo de estos versos es curioso: esticometría perfecta, en el primer verso de ambos cuartetos (vv. 1 y 5), con frases casi epigramáticas: «Casi roza tu amor con lo divino», «Todo huele a tristeza en tu destino» y una oración completa en el resto de los versos de cada estrofa.

Es preciso señalar que no se trata del primer soneto publicado por Luciano, ya que el núm. 1 de la revista *Poemas* encontramos dos que bajo el título común de *Buscando a Dios* proclaman ya al poeta como un desterrado, como un exiliado del paraíso que se enfrenta solo a su agónica existencia.

<sup>2</sup> I. —M. Gil (1982), pág. 7.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. 7.

<sup>4</sup> J. Domínguez Lasierra (1974).

<sup>5</sup> I. —M. Gil (1982), pág. 10.

<sup>6</sup> Rosendo Tello (1986).

<sup>7</sup> Véanse, por ejemplo, estos versos de Alejandro elegidos por Luciano para encabezar uno de los poemas de este libro:

Escribir es poner en el papel un nombre como el que pone un hombre, de pie, de carne y hueso.

<sup>8</sup> Tello (1986).

<sup>9</sup> Javier Climent, solapa a *Hablan los días* (1969).

<sup>10</sup> Solapa de la obra, sin firma.

<sup>11</sup> I. —M. Gil (1982), pág. 10.

<sup>12</sup> En J. Domínguez Lasierra (1974).

<sup>13</sup> Tello (1986).

<sup>14</sup> Manuel Pinillos (1978).

<sup>15</sup> I. —M. Gil (1982), pág. 11.

<sup>16</sup> Casales (1978).

<sup>17</sup> *Ibidem*.

<sup>18</sup> Tello (1986).

#### BIBLIOGRAFÍA DE LUCIANO GRACIA

1962. *Poemas*, núm. 1. *Buscando a Dios*: «Buscaba a Dios y me encontré contigo» (soneto); «Sigo buscando a Dios y no lo veo» (soneto). núm. 3. *El grito del hombre*: «Hoy me encuentro muy solo».

1963. *Poemas*, núm. 7. *Llamada sin respuesta*: «¿Qué elaboras, poeta, con tus sueños?».

1968. *Como una profecía. A Isabel, verso de piedra* (Premiado en el VI Certamen de los Amantes de Teruel. *Poemas de Amor*, en julio de 1967). Zaragoza, Gráficas «Los Sittos», edición a cargo del tutor, 16 págs. sin foliar y dos poemas.

1969. *Hablan los días*, Zaragoza, Ediciones Javalambre, colección *Fuendetodos*, 112 págs. sin foliar.

*Homenaje a Miguel Labordeta*, Zaragoza. Poema.

1973. *Andalán*. Suplemento dedicado a la poesía aragonesa contemporánea. Con artículos de Rosendo Tello y Emilio Alfaro.

1974. *Vértice de la sangre*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Premio «San Jorge», 72 págs. Solapa sin firma.

Reseña de J. Domínguez Lasierra. «Luciano Gracia, un poeta a golpes de corazón. En *Vértice de la sangre* canta a la tierra, al amor y a la muerte», en *Heraldo de Aragón*, 12 de mayo.

1976. *Manxa*, núm. 2 (Ciudad Real). Poema.

1977. *Albaida*, núm. 3. Poema.

José-Carlos Mainer, *Los Aragoneses*, Madrid, Istmo, pág. 349.

1978. *Antología de la Poesía Aragonesa Contemporánea*, ed. de Ana María Navales, Zaragoza, Librería General. 5 poemas.

*Goya en la poesía*, Zaragoza, Comisión Organizadora del Homenaje a Goya. Poema.

*Creciendo en soledad*, Zaragoza, Puyal, 78 págs. Solapa de Manuel Casales.

Reseña de M. Pinillos en *Heraldo de Aragón*, 5 de septiembre.

1979. *Poemas para una voz*, Zaragoza, Peña Solera Aragonesa-Heraldo de Aragón. *Tu voz se hace latido*: «Sobre el césped violento de la tierra».

*Rolde*, núm. 7. Entrevista con Luciano Gracia, por José Luis Melero.

*Goya 1978*, Zaragoza, Comisión Organizadora del 150 aniversario. Poema.

*Homenaje a Diana Gastón*, núm. 37 de la colección *Poemas*. Poema.

*Homenaje a Miguel Hernández*, Barcelona, Plaza y Janes. Poema.

1980. *Rolde*, núm. 8. Poema.

*Poesía urbana*, Zaragoza, Ayuntamiento. Poemas.

1981. *Rolde*, núm. 11, por José Luis Melero y Miguel Luesma.

1981-82. *Peña Labra*, núm. 42. «16 Poetas del Ebro». Poema.

1982. *Rolde*, núm. 16. Poema.

*Ruta literaria. Homenaje a Pablo Gargallo*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico». Poema.

*Homenaje a Antonio Rosel, «El Abuelo»*, Zaragoza, Partido Comunista de España. Poema.

*Homenaje a Ildefonso Manuel Gil*, Zaragoza, Ayuntamiento.

*Perfil de tiernas madrugadas*: «Con fervor extasiado...», pág. 57. Poema.

*Poemas recobrados y Huellas de ceniza*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico». Colección «San Jorge», 128 págs. Prólogo de Ildefonso-Manuel Gil. Solapa de José Luis Melero.

1983. *Rolde*, núm. 19. Poema.

Rosario Hiriart, «Los espejos rotos de Luciano Gracia», en *Heraldo de Aragón*, 22 de mayo.

1984. *Opi-Nike*, volumen 11, Zaragoza, Ayuntamiento. Poemas.

1986. *Antología para Nicaragua*, Madrid, Endymión. Poema.

*Andalán*, núm. 462. Necrológica de José Antonio Labor-deta.

*Andalán*, núm. 463. Homenaje: Rosendo Tello, «Luciano Gracia, al fin en su poesía», pág. 23.

B. L. de Blancas, «Poetas aragoneses. La generación del Niké. Luciano Gracia Bailón», pág. 22.

I.-M. Gil, «La poesía de Luciano Gracia», pág. 24. (fragmentos de su prólogo a *Poemas recobrados...*).

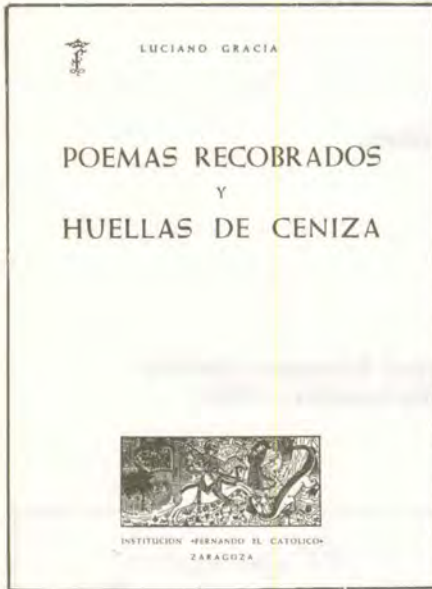
s.a. *Las rutas: Bécquer*. Gustavo Adolfo Bécquer en Veruela. Separata.

*Gran Enciclopedia Aragonesa. Voz\** Poesía Aragonesa Contemporánea.

Prólogos en la «Colección Poemas», núms. 21, 22, 44 y 48.

1987. Dos libros de poemas, que aparecerán en Madrid y León respectivamente.

\*Antonio PEREZ LASHERAS es profesor de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza.



3. *Otros*. Los otros son, en primer término, el tú, el vosotros a los que se dirige el poeta (el receptor poético). Es el punto final del acto de comunicación. Pero también hay otros en el mundo: los hombres que conviven y se relacionan con el poeta; de ellos aprende la muerte y el amor (sus temas centrales), aprende el acto heroico de la entrega. A ellos va dirigida su sangre que se graba en cada verso; con ellos intentará fundirse, para que crezcan en el amor, querrá (como Dámaso Alonso)

Solicite, gratuitamente, nuestro catálogo de Bibliografía Aragonesa

LIBRERÍA CERTeza

Librería especializada  
C/. María Moliner, 4  
Teléfono 27 29 07  
50007 ZARAGOZA



# Amigo

## (1 + 1 = 2) - 1 = 1 Solo

A Luciano Gracia

Tu olvido es esa sombra dibujada  
entre el cielo y los rostros de un grabado goyesco,  
con vehemencia de cifra, que te arrojó a los tigres,  
para que el polvo viaje hacia lo ausente.

A veces, tras los vidrios, oigo como un silencio  
fósil, interminable, sin esquinas ni voces,  
que suena como un neutro auditorio apagado,  
donde nadie habla a nadie ni oye nada.

Y el diseño de un 2 (1 más 1),  
se va, por donde entonces, ya perdido.

En su mitad la tarde rompe el duplo  
por ese eclipse negro que te oculta.

Y así, ese día triste, al pronunciar tu nombre,  
vuelve, desde el ayer, en estos versos  
patéticos, tal vez a lo Beethoven,  
al recordar tu sangre eliminada.

De este sueño, intranquilo, me he despertado en Mahler.

Su «Canción de la Tierra» te describe.

Y vuelvo a contemplarte en el «Requiem» de Mozart  
y en las cintas resumen que te guardan,  
en el «Ordenador» del Universo,  
con tu dígito roto, programado  
donde toda materia se transforma.

Y vuelvo a que los dioses, sonámbulos de nubes,  
me cuenten sus mentiras, por el azul crujiendo,  
desde las candilejas de lo absurdo y la náusea  
de esta «Comedia Humana» en la que vivo  
en este «Gran Teatro del Mundo» que te llora,  
no por tu propia muerte ni tus pozos,  
ni por tu cuerpo atado a sus espejos,  
sino por su evidencia de vacío.

Miguel Luesma Castán  
Diciembre, 1986

## Poema

A Luciano Gracia

Los pies caminan por deshechos horizontes  
y no soy yo ni el muerto de hace siglos,  
el cadáver intacto o el niño que al amanecer  
asusta al pájaro con un llanto virginal.  
Hay un tropel de pasos como polvo  
pegado sin remedio a mis sandalias  
y me traen un mensaje vagamente descifrado,  
idéntico en edad y perfume de suplicio  
al repiqueteo de mi voz en el desierto.  
Odio un minuto ser huésped de la tristeza.  
Con palabras huidas como dardos de plata  
corro hacia un mayo abrumado de polen,  
ocioso paraíso en la curva del vino.  
Mirlos agazapados son aún visible reclamo  
en el envés del grito que escucho  
cuando la sed detiene alegrías en mi boca.

Ana María Navales

Do Luciano Gracia,  
con un  
he vuelto a leerme a ti. Recuerdo  
lo que está en la memoria  
del Juan Ramón, que se fue y  
ahora se haya en el  
Recuerdo de mi espíritu  
de «fundador», que o sea  
lego  
Tengo que irme a  
la historia del adolecente de los  
desechos, y ahora lo hago por  
que lo recuerdo con un espíritu  
Después de todo,  
Miguel L. Castán  
Enero a 1987

Carta de Blas de Otero a  
Luciano Gracia (Abril, 1971)



studio

**tempo** fotografia

**MATERIAL FOTOGRAFICO  
FOTOS CARNET  
LABORATORIO PARA  
FOTOGRAFIA Y  
DIAPOSITIVAS**

Fernando el Católico, 14  
Teléfono 45 81 76  
50009-ZARAGOZA

**Mesón-Parrilla**

**La Cuadra Félix**  
Ambiente aragonés

Cte. Santa Pau, 13 Tel 23 93 81 Zaragoza

**LIBRERIA**



Plaza San Francisco, 5  
Teléfono 45 73 18  
50006-ZARAGOZA

**CASA EMILIO**

.....  
comidas  
.....

Avda. Madrid, 5. Teléfonos 43 43 65 - 43 58 39  
ZARAGOZA

**LIBRERIA CONTRATIEMPO**



C/ Royo, 20

Teléfonos  
21 81 77  
21 81 78

ZARAGOZA



**FALORDIAS II**  
(Cuentos en lengua aragonesa)

P.V.P. 500 ptas.

Cuadernos de  
Cultura Aragonesa  
n.º 2

**BOLETIN DE SUSCRIPCION**

Deseo suscribirme por un año a «ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa», abonando su importe (900 ptas.) mediante:

- Giro postal al Apartado 889.
- Transferencia a la cta. cte. 2381-88 de la Caja de Ahorros de la Inmaculada, Urbana 2. Zaragoza.
- Domiciliación bancaria. Remitiendo este impreso, o una fotocopia del mismo, al Apartado de Correos 889 de Zaragoza.

Banco o Caja de Ahorros: .....

Agencia: ..... Cta. cte. o L. ordinaria: .....

Les ruego que a partir de esta fecha hagan efectivos a la Asociación Rolde de Estudios Nacionalista Aragonés los recibos de ..... ptas. que girará a mi nombre en concepto de suscripción a la Revista «ROLDE».

Atentamente, (firma)

Don .....

Calle ..... Ciudad .....



UD

# ENCICLOPEDIA TEMATICA DE ARAGON



## PLAN DE LA OBRA

1. — Folklore y música
2. — Fauna
- 3/4. — Historia del arte
5. — Flora
6. — Geografía
- 7/8. — Historia
9. — Literatura
10. — Ciencias Sociales

## DATOS TECNICOS

Diez tomos con más de 4.000 páginas y 10.000 ilustraciones a todo color.

Los mejores especialistas en cada materia trabajando para el proyecto más ambicioso de nuestra tierra.

Encuadernación artística en binderpiel.

Formato 22 × 30 cms.

## COORDINACION GENERAL

Antonio Beltrán Martínez  
Guillermo Fatás Cabeza  
Guillermo Redondo Veintemillas

**Por sólo 1.500 pts. al mes  
y sin recargo**



Envíenme sin compromiso información sobre la  
ENCICLOPEDIA TEMATICA DE ARAGON.

D. ....

C/. ..... Tel. ....

Población .....

EDICIONES OROEL  
Cortes de Aragón, 64-66. 50005 ZARAGOZA

Es una obra de  
**EDICIONES MONCAYO, S. A.**

Distribución exclusiva:

**EDICIONES OROEL**

Cortes de Aragón, 64-66  
Tfno.: 35 25 54 / 35 25 58  
50005 ZARAGOZA